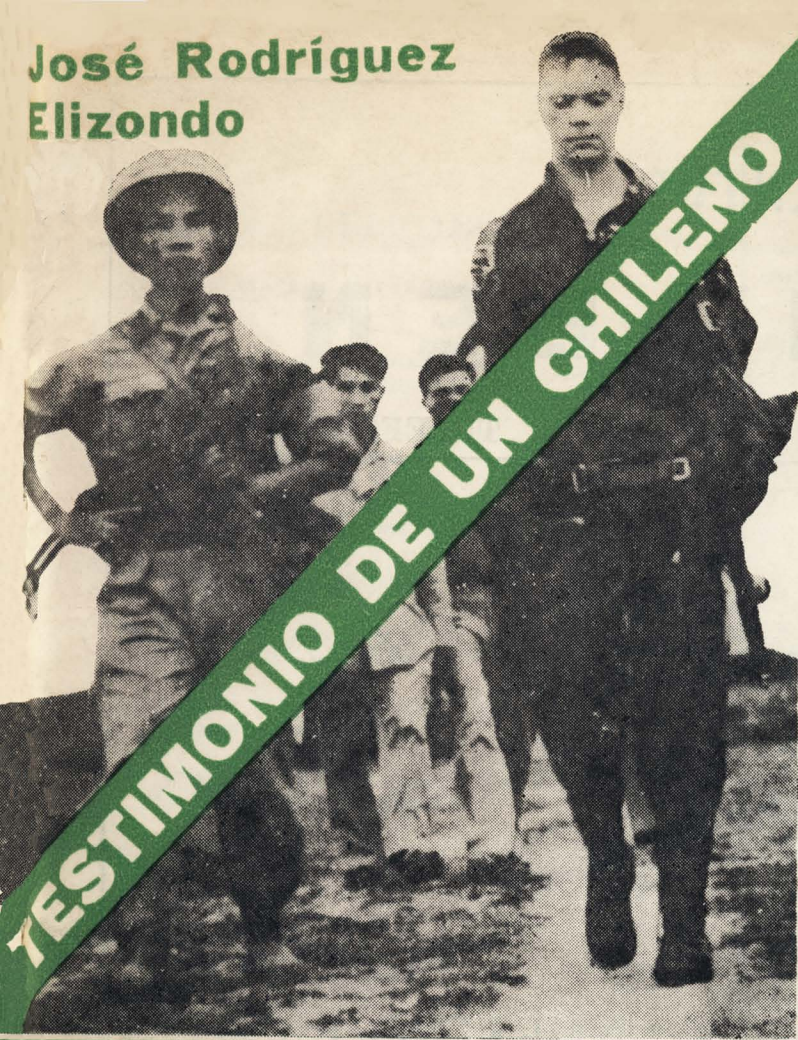


**Nº8 Lo que vi en Vietnam  
enero de 1966**

<b>Lo que vi en Vietnam</b>	J. Rodríguez Elizondo	3
I. Y todo eso ¿para que?		4
II. Un guerrero sin reposo		4
III. La derrota del vicario		5
IV. La otra mejilla no sirve		7
V. Matando a los temibles leprosos		8
VI. Los microbios acechan		9
VII. Asia, ¿continente de cobayos?		10
VIII. Jardineros de la muerte		10
IX. Los treinta millones que estorban		11
X. La operación mentira		13
XI. Los honorables huéspedes		14
XII. Remember Nuremberg		15
XIII. Los texanos saben mucho		16
XIV. Thanh-Hoa, o la bomba nuestra de cada día		18
XV. Los reyes magos		19
XVI. Un apacible bombardeo		20
XVII. La leyenda del beso y otras historias		20
XVIII. La imposible derrota		23
XIX. La escalada es una pendiente		23
XX. El leñador se despereza		24
XXI. El heroísmo impone compromisos		24
El fin de la aventura	A. Schlessinger	26

José Rodríguez  
Elizondo



LO  
QUE  
VÍ  
EN

# vietnam

N.º 8 - Año I - Enero, 1966 - Precio: Eo 1,5



*Ediciones*

**PUNTO final...!**



Ediciones

**PUNTO final!...**

AÑO I

— ENERO 1966 —

Nº 8

## TITULOS PUBLICADOS

- Nº 1 "La tragedia del Janequeo",  
por Miguel Torres.
- Nº 2 "FREI y los desconocidos de  
ahora", por Eugenio Lira M.
- Nº 3 "Proceso al fútbol chileno",  
por Isidro Corbinos.
- Nº 4 "Golpe de Estado en Chi-  
le", por Róbinson Rojas.
- Nº 5 "Allende enjuicia a Frei".
- Nº 6 "...Y al Este limita con la  
infamia", por Rafael Otero.
- Nº 7 "Los días prohibidos", por  
Héctor Suárez B.
- Nº 8 "Lo que vi en Vietnam", por  
José Rodríguez Elizondo.



**JOSE RODRIGUEZ ELIZONDO**, de 29 años, es un abogado que practica también con éxito el periodismo. Bajo el seudónimo de "Manollos" ha hecho crítica teatral y cinematográfica en diversas publicaciones. Autor de libros y ensayos jurídicos, entre los que destaca "Democracia Fetichista y Oligarquía Subrepticia", es miembro del Seminario de Derecho Público de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. Recientemente visitó la República Democrática de Vietnam integrando una delegación de la Asociación Internacional de Juristas Demócratas, en la que, además, participaron Joe Nordmann, de Francia, Becaye N'Diaye, Procurador General de Mali, Abdullah Ibrahimov, Presidente de la Corte Suprema de la República Soviética de Azerbaiján, y Hassib Nemer, de El Líbano. Producto de sus observaciones es el excelente reportaje a la guerra de Vietnam que PUNTO FINAL se complace en ofrecer a sus lectores.

## INDICE

- "Lo que vi en Vietnam" . . . . . 3  
"El fin de la aventura" . . . . . 26



Ediciones

**PUNTO final!...**

Director: **Mario Díaz Barrientos.**

Jefe de Redacción: **Manuel Cabieses Doroso.**

Director artístico: **Penike.**

Domicilio: **Huérfanos 1011 — Oficina 321.**

# Intensificar la solidaridad de masas con la lucha del pueblo vietnamita

Se ha iniciado en nuestro país la Jornada Nacional de Solidaridad con la Lucha del Pueblo del Vietnam. La Comisión Chilena de Solidaridad con los Pueblos de Asia y Africa hizo oportunamente un llamamiento que ha puesto el énfasis en la necesidad de redoblar e intensificar al máximo las acciones de masas. Ese llamamiento ha tenido amplia difusión porque está formulado dentro de un espíritu unitario y ha coincidido con otras iniciativas desplegadas por la Comisión Chilena de Solidaridad con el Vietnam del Sur y por el Movimiento de Partidarios de la Paz. Con el apoyo de estas tres organizaciones, la Central Unica de Trabajadores y la Federación Minera han celebrado una semana de solidaridad consistente en diversos actos y en la apertura de una exposición. Siguiendo el ejemplo de la Federación Minera, que tomó en sus manos las tareas orgánicas de la primera semana, otras federaciones sindicales se aprestan a continuar el trabajo solidario.

El origen de esta jornada nacional de solidaridad es la resolución adoptada en la II Jornada Sindical Internacional de Solidaridad con el Vietnam del Sur, celebrada en Hanoi en el curso de este año, que llamó a convertir el 20 de diciembre en el punto de partida de una campaña internacional para condenar los crímenes del imperialismo yanqui en Vietnam del Sur, la criminal extensión de las incursiones aéreas a la República Democrática del Vietnam, y para apoyar las justas exigencias del Frente Nacional de Liberación del Vietnam del Sur y del Gobierno de la República Democrática del Vietnam en el sentido de que el cese de la guerra tiene que partir del cumplimiento irrestricto de los acuerdos de Ginebra, que prohíben a las potencias extranjeras mantener bases, proporcionar armas o llevar sus tropas al territorio vietnamita.

La Jornada Nacional de Solidaridad debe estar orientada por tanto, a respaldar las reiteradas declaraciones del Gobierno de la República Democrática del Vietnam que exigen al Gobierno de Estados Unidos el cese inmediato e incondicional de todos sus actos agresivos en la RDV, el fin a la guerra agresiva contra el pueblo del Vietnam del Sur y el retiro de todas las tropas y armas norteamericanas para que el pueblo sudvietnamita solucione por su propia cuenta sus asuntos internos.

El imperialismo yanqui pretende disfrutarse con ropajes pacifistas. El Presidente Johnson ha dicho reiteradamente que está listo para conversaciones de paz incondicionales; pero, en verdad, establece la condición de que sus tropas se queden en el sur del Vietnam para impedir que el pueblo sudvietnamita disponga de su destino por su propia cuenta. Mientras habla de paz, el imperialismo yanqui bombardea hospitales, masacra mujeres, niños y ancianos convirtiendo en infiernos de fuego aldeas indefensas, utiliza gases venenosos y viola todas las leyes internacionales de la guerra. Los crímenes nazis de Guernica y Lidice están superados con creces. En Vietnam se intenta una guerra de exterminio pensando que en esa forma se podrá poner de rodillas al heroico pueblo vietnamita.

Los efectivos del Ejército de Liberación Nacional del Vietnam del Sur han propinado escarmentadores golpes al enemigo imperialista y un verdadero cementerio de aviones norteamericanos marca el fracaso táctico de las incursiones sobre la RDV. El pueblo vietnamita está resuelto a mayores y más grandes sacrificios porque está determinado a lograr la liberación nacional. Sin embargo, esos sacrificios requieren de una mucha más intensa solidaridad internacional. Particular importancia tienen las acciones de masas y sobre todo la intensificación de la campaña para que el pueblo norteamericano haga cada vez más activa su resistencia a la política de guerra del Gobierno de Johnson.

La Comisión Chilena de Solidaridad con los Pueblos de Asia y Africa saluda la iniciativa de Ediciones "Punto Final" de contribuir a intensificar los sentimientos solidarios del pueblo chileno con el pueblo del Vietnam, mediante la publicación del testimonio del abogado chileno, señor José Rodríguez Elizondo. Es preciso que este folleto tenga una gran difusión; constituye un esfuerzo periodístico llamado a servir una noble causa.

La Comisión Chilena de Solidaridad con los Pueblos de Asia y Africa está en situación de apoyar las iniciativas de las organizaciones sindicales, culturales, políticas y progresistas en general tendientes a reforzar la actividad de masas en apoyo a la lucha del pueblo del Vietnam. Formulamos, por lo tanto, una invitación a las personas y organizaciones que deseen elevar la actividad solidaria, a solicitar materiales a nuestra organización.

**COMISION CHILENA DE SOLIDARIDAD CON LOS PUEBLOS DE ASIA Y AFRICA.**

Dirección postal: Clasificador 696 - Correo Central-Santiago. Sede: Miraflores 249, 7º Piso.

**ESTABLECIMIENTOS**

**B E N - B E N**

**AMUNATEGUI 81**

**:—:**

**TELEFONO 63111**

---

**EMPANADAS DE HORNO:  
PINO Y QUESO TODOS  
LOS DIAS**

**Y PIDA  
NUESTRO RICO  
PAN DE PASCUA**

---

**PRODUCTOS PARA COCKTAIL:** Papas fritas, maní salado,  
galletas surtidas, aceitunas, pickles, etc. Conservas de todas  
las marcas.

**VISITE NUESTRO ESTABLECIMIENTO**

# LO QUE VI EN VIETNAM

**L**A tarde del 4 de agosto de 1964 fue de gran actividad en Washington. El Presidente Johnson, convocó dos veces al Consejo de Seguridad, conferenció con los miembros de su Gabinete, con los altos jefes de las Fuerzas Armadas y con los dirigentes de los Partidos Demócrata y Republicano. A las 18 horas del mismo día, el ayudante del Ministro de Defensa entregaba un comunicado a la prensa denunciando que "un segundo ataque deliberado se efectuó durante la noche por un número indeterminado de lanchas torpederas norvietnamitas, contra los destructores americanos Maddox y Turner Joy, cuando éstos efectuaban una patrulla de rutina en el Golfo de Tonkin".

Al día siguiente, una escuadrilla de bombarderos despegó de los porta-aviones Ticonderoga y Constellation, inaugurando el ataque sistemático contra la República Democrática de Vietnam y subiendo otro peldaño en la escalada bélica.

Era, con palabras del propio Johnson, "la respuesta limitada y apropiada" al ataque contra los barcos de guerra norteamericanos en el Golfo de Tonkin.

El Golfo de Tonkin se transformó así en el Sarajevo de Vietnam del Norte, y en una pregunta suspicaz que recorrió el mundo:

¿Fue una agresión norvietnamita o una autoprovocación norteamericana?

Para una gran parte de la opinión pública mundial la respuesta no presentaba dificultades. Se recordaba claramente que ya en 1961 el famoso plan Staley-Taylor consultaba dos puntos fundamentales: la pacificación de Vietnam del Sur en dieciocho meses y el ataque contra la República Democrática de Vietnam.

Por otra parte, el 27 de marzo de 1964 McNamara había dicho categóricamente que los Estados Unidos "no excluyen la posibilidad de extender la guerra al Norte de Vietnam", y que "esta serie de acciones, con las consecuencias que implica y sus modalidades de ejecución, ha sido cuidadosamente estudiada".

Con razón el corresponsal de Le Monde



**EL CAPITAN** Norlan Daughtrey, un gigante de Texas derribado en Vietnam del Norte. Los campesinos que lo abatieron querían que hubiera sido el otro tejano...

en Washington, Alain Clement, observó que los norteamericanos no habían podido proporcionar ninguna prueba concreta de la agresión y que "en un país acostumbrado a establecer su buena fe con superabundancia de fotos, diagramas y demostraciones de pizarrón, esta omisión es alarmante".

France Soir fue más cáustico: con absoluta indiscreción recordó que la crisis de Tonkin coincidía con la campaña presidencial norteamericana, y que Johnson necesitaba demostrarse firme para no dar pábulo a las acusaciones de debilidad, lanzadas por los goldwateristas.

Claro que, frente a la abundancia de argumentos y suspicacias se olvidaba lo esencial. Lo más obvio.

Porque, ¿con qué derecho patrullaba Estados Unidos las costas de la República Democrática de Vietnam?

## I

### Y TODO ESO ¿PARA QUE?

**E**N todo caso, la crisis de Tonkin marcó el fin de una etapa. Vietnam, "ese campo de experimentación para las nuevas tácticas de guerrillas, como lo había calificado el "New York Times", había demostrado que era imposible seguir adelante con la llamada guerra especial. Que si los norteamericanos querían sostenerse un tiempo más, debían afrontar sus propias responsabilidades con su propia gente, en mayor escala y con mayores riesgos.

Indudablemente, era una derrota política importante, ya que significaba la pérdida de la iniciativa estratégica. Era la confesión de que no se podía "pacificar" el Sur en dieciocho meses, y era el abandono indisimulado de su calidad de "asesores" del Gobierno de Saigón.

Ahora tratarían de recuperar la confianza en sí mismos mediante una audaz variación táctica: el bombardeo del Norte conduciría a la "negociación sin condiciones previas", y la negociación les permitiría asentarse en una zona Sur desprovista de la ayuda de un Norte amedrentado.

Sin embargo, la guerra de Vietnam tiene una lógica propia que escapa a las previsiones norteamericanas.

En primer lugar, el bombardeo al Norte sirvió para demostrar que era imposible obtener un apoyo interno en esa zona. Todos los partidos políticos, todas las religiones y grupos sociales se unieron frente a la agresión. La población norteña sacó a relucir sus habilidades defensivas y, con singular eficacia, empezó a derribar aviones norteamericanos.

Kosygin, al viajar a Hanoi, inauguró una nueva competencia con los chinos: la competencia por la ayuda a la República Democrática de Vietnam.

Ilustres personalidades hicieron oír su voz con potencia. En Inglaterra, Bertrand Russell, que ha tomado como propia la causa de Vietnam, sostuvo con dureza que "aún es posible, pero cada día se hace más difícil, inducir a los norteamericanos a elegir un gobierno que no esté compuesto por exterminadores salvajes, un gobierno con algún respeto por la felicidad y por los derechos humanos".

Y en los mismos Estados Unidos empezó

a estallar una protesta que antes sólo se había oír con sordina. En carta abierta dirigida al Presidente, varios cientos de profesores universitarios estamparon su enérgico reclamo: "... Se ha sostenido que Estados Unidos protege a un gobierno apoyado popularmente contra la subversión extranjera. Nosotros sostenemos, Sr. Presidente, que la evidencia disponible por el Congreso y por el público no apoya esta interpretación del conflicto vietnamita".

En estos momentos los dorados jóvenes norteamericanos, tan criticados por su indiferencia política, recorren las calles gritando que no quieren ser "carne de cañón". Hombres y mujeres se han inmolado a la manera bonza, para dejar constancia de su desesperación. Políticos sagaces empiezan a comprender que la próxima lucha política no tendrá como base el uso de una bomba más grande o más chica, sino la mantención o el término de la agresión.

Frente al muro de la realidad, las autoridades estadounidenses deben reconocer que ni han conseguido presionar al Norte con sus bombardeos, ni han detenido al Frente Nacional de Liberación (que ellos quieren llamar "Vietcong") en el Sur.

Como dice un general norteamericano de una novela de Morris West, "estamos luchando en una guerra que no podemos ganar y que no nos atrevemos a perder".

## II

### UN GUERRERO SIN REPOSO

**P**ERO todo esto es, si pudiéramos decir, el macrocosmos de la guerra en el Norte de Vietnam. Las grandes líneas que oscurecen a menudo la visión concreta del hombre atormentado. De ese hombre que se levanta de madrugada para hacer sus ejercicios militares y que parte a su trabajo con el fusil al hombro. De esa mujer que vive recordando a su marido decapitado por los franceses durante la Resistencia y cuyas dos hijas se encuentran hipotéticamente en la zona sur. De la joven miliciana que nos saluda con una mano en la cual faltan tres dedos y que nos mira desde una cara horriblemente quemada por los efectos del napalm.

Ya Hanoi es un anticipo de lo que se verá después. Más que ciudad es un gigantesco campo de golf, donde los refugios anti-aéreos reemplazan a los simétricos aguje-

ros, y donde las bombas que se avizoran hacen las veces de esa "pelotilla blanca presidencial", de que nos habla Guillén en uno de sus poemas.

Cada templo, cada hospital, cada escuela tiene uno o más refugios predeterminados. La belleza de la ciudad ha tenido que sacrificarse frente al peligro norteamericano, y, por dondequiera se mire, aparecen las calles y los prados removidos. Al mismo tiempo, los refugios constituyen otro servicio que los hoteles deben ofrecer para seguridad de sus huéspedes... y que puede ser más importante que la peluquería o la boutique de souvenirs en un momento determinado.

Los menudos y corteses vietnamitas están conscientes del peligro, pero no hacen aspavientos. Han tomado todas las providencias necesarias. Optimistas y pesimistas.

Y una frase se repite incansablemente. La dice el Primer Ministro y el obrero de la fábrica, el profesor universitario y la miliciana campesina:

—Si es necesario, peharemos cinco, diez o quince años. Si es necesario abandonar la ciudad, combatiremos desde la selva.

Cien años de lucha demuestran que esta afirmación no es una bravata. La historia de Vietnam, desde 1858, es la larga crónica de un pueblo que lucha por ser libre.

La generación joven que se entrena para derribar aviones, no ha conocido otra cosa que la guerra. Su estado natural ha sido el combate. Por eso la paz se les aparece como uno de esos ideales sublimes que tienen que conquistarse con las armas limpias de barro y de transigencia.

Si hubiera necesidad de definir a Vietnam con una corta frase de síntesis periódica, podría decir que es la concentración del odio contra el agresor y la decisión inquebrantable de seguir la lucha hasta las últimas consecuencias.

### III

#### LA DERROTA DEL VICARIO

**B**IENVENIDOS a nuestro Vietnam querido. Es un honor para nosotros recibirlos en nuestra tierra que se encuentra hoy día pisoteada por los imperialistas norteamericanos".

No. No es el saludo de un dirigente político. Aunque parezca increíble, esta fra-

se tan directa sale de labios de Ho-thanh-Bien o, para decirlo en castellano, de Juan Bautista, párroco de la iglesia de Santo Domingo, ubicada en pleno centro de Hanoi.

He solicitado una entrevista con sacerdotes católicos, pues supe que han celebrado un Congreso en el cual han definido la posición de los católicos vietnamitas. Definición que es clara y tajante: hay que luchar contra los agresores hasta el fin.

A la entrevista concurren ocho sacerdotes —incluido Juan Bautista— y un seglar que es miembro del "Comité Nacional de Enlace de los Católicos Patriotas de Vietnam". De los ocho sacerdotes cuatro son del Sur.

Juan Bautista es un anciano bondadoso, de modales reposados, que ha aprendido a hablar sin parábolas oscurecedoras. Mirando por encima de sus lentes y sonriendo a veces con tristeza, emite sus opiniones sobre la guerra:

—La guerra es matar, es una verdad desgraciada. Pero, en el sur reviste un carácter atroz. Las circunstancias han llevado a que todo nuestro pueblo, comprendidos los católicos, esté listo para la lucha. Nos vemos obligados a ello. Amamos mucho la paz y por eso mismo no nos doblegaremos ante la masacre y opresión que llevan a cabo los imperialistas. La gran mayoría de nuestros creyentes decidió compartir la lucha armada por sacrificada que fuera.

No es menester ser un perito en asuntos eclesiásticos para suponer que el camino de las jerarquías no se encuentra alfombrado. Sería raro que en este caso de Vietnam no existieran "vicarios", como el que describe Hocchuth en su polémica obra de teatro. Formulo la pregunta directamente. La respuesta, siguiendo la línea vietnamita, no evade las espinas:

—Sí, tenemos dificultades. Pero también tenemos la experiencia de la guerra contra los franceses. Antes, los que dirigían nuestra religión eran franceses: el Nuncio, los obispos, arzobispos y los sacerdotes de las grandes ciudades. Ellos no quisieron comprometerse en la lucha contra el colonialismo, obstaculizando el cumplimiento de nuestros deberes patrióticos. Pese a todo, la mayoría de los creyentes supo ser fiel a Cristo y a su deber social. Por eso, ahora sabemos claramente que amar a la patria no es algo opuesto a la religión. Algunos superiores no comprenden lo que está sucediendo, y nosotros constantemente los es-





**JUAN BAUTISTA, el párroco de Santo Domingo, la iglesia más central de Hanoi. Lo acompañan otros siete sacerdotes, de los cuales cuatro son del Vietnam del Sur.**

tamos llamando, haciendo un trabajo de persuasión.

El seglar interrumpe para insistir sobre lo mismo:

—Queda una minoría de sacerdotes que no participa de la lucha contra el agresor. Su argumento es que los sacerdotes deben dedicarse sólo a las labores propias de la religión.

Juan Bautista retoma el hilo de sus argumentaciones:

—Respetamos la jerarquía, pero al mismo tiempo estamos decididos a luchar por la salvación de la patria. Y estamos convencidos de que esto es también un asunto propio de la religión. En el sur, donde no hay libertad, tampoco puede practicarse libremente la religión. Los franceses antes y los norteamericanos ahora, se presentan como defensores de la religión, pero ocupan las iglesias con sus tropas, matan a los feligreses, encierran y matan a los sacerdotes. Los que somos del sur sabemos que matan y destruyen indiscriminadamente. Sus actos de salvajismo son increíbles. Recuerdo el caso de dos soldados borrachos

que hicieron una apuesta sobre el sexo de la criatura que llevaba en su vientre una mujer embarazada... Uds. supondrán en qué culminó esa apuesta. Por eso, sólo nos quedan dos caminos: o nos dejamos matar o luchamos contra los agresores.

El resto de los sacerdotes asiente frente a cada palabra de Juan Bautista. Los argumentos que éste da son archisabidos por ellos, pero tienen la necesidad de escucharlos y estrujarlos constantemente. Ellos no son guerreros. Son hombres suaves y de aspecto manso que están viviendo una crisis vital. Están viviendo la experiencia dura del Cristo que no trajo la paz, sino la espada. Todos quisieran hablar y explicarse en una especie de justificación individual.

Uno se decide a hacer uso de la palabra. Es un sacerdote sureño, también. Y, a la serenidad y calma de Juan Bautista, sucede un torrente agresivo y vibrante. La mansedumbre desaparece barrida por la indignación. Repite lo que todo el mundo dice sobre la resistencia contra el agresor: también está dispuesto a luchar el número de años que sea necesario y a morir en la

empresa. Afirma categóricamente que los religiosos y religiosas están dispuestos a todos los sacrificios que se les pidan. Finalmente nos conmina:

—Uds. que son juristas, que luchan con el Derecho, tienen que hablar muy fuerte en el mundo. Tienen que decir la verdad que han visto en Vietnam. Tienen que ayudarnos con todos los medios para golpear a los agresores. Nuestro odio es muy grande.

Cuesta permanecer incólume frente a la andanada. Pero, como juristas, justamente estamos haciendo un poco el papel del abogado del diablo. La pregunta que hago tal vez es “pesada”, pero a mi juicio necesaria:

—Me extraña mucho el tono agresivo de su discurso. En nuestros países hay muchos sacerdotes católicos que prefieren, en estos casos, hablar del amor al prójimo o del amor cristiano, y que optan por poner la otra mejilla, arrastrando a sus feligreses a la conciliación... ¿cómo es posible que un sacerdote justifique el odio y exalte la necesidad de golpear a un enemigo-prójimo?

Evidentemente, la pregunta no los encontró desprevenidos. Se inauguró una rápida posta de respuestas cortas, en la cual participó todo el grupo:

—San Pablo dijo: manso con los mansos. Pero no es posible ser manso con quienes nos matan y saquean, con quienes violan a las mujeres y queman a los niños.

—El propio Cristo supo ser enérgico. Tomó un látigo para expulsar a los mercaderes del templo.

—Nuestra ira viene del amor a la religión y a la patria.

—La ira de nosotros nace de la justicia de Cristo.

Y un sacerdote pequeñito, con aspecto de figura de porcelana y con barbas de Confucio, sintetizó magistralmente:

—Es cierto que nuestra religión nos enseña el amor al prójimo. Pero Ud. no puede olvidar que esa máxima tiene una contrapartida: el odio al crimen.

Sin embargo, existe también un hecho bastante concreto que abona la actitud del iracundo sacerdote. Hasta pocos meses, había estado sometido a tratamiento en el sanatorio de Thanh-hoa y había recuperado su salud gracias a los eficaces cuidados del personal de ese servicio. Ese sanatorio, que era, al mismo tiempo, el más importante

centro de investigación científica sobre la tuberculosis, fue bombardeado sin piedad por la aviación norteamericana. Allí murieron médicos, enfermeras y pacientes que convivieron con el religioso durante la época dura de su enfermedad. La experiencia colmó el espíritu del cordero cristiano.

Por eso, hoy día da la impresión de que quisiera poseer una ametralladora, para sustituir con eficacia el anticuado látigo de Cristo.

## IV

### LA OTRA MEJILLA NO SIRVE

LA experiencia de estos sacerdotes es aleccionadora, pues destruye uno de los pilares más grandes y baratos de la propaganda norteamericana. Ese que los presenta a ellos como defensores de no importa cuál fe, frente a la arremetida sacrilega del ateísmo marxista.

Ya a pocos meses de Ginebra, en el mismo año 1954, los Estados Unidos empezaron a alentar el éxodo de los pobladores católicos del norte hacia las acogedoras regiones del sur.

Enhebrando el consabido rosario sobre la persecución religiosa, de acuerdo con el alto clero de Saigón, consiguieron unos trescientos mil emigrantes pertenecientes a los obispados de Phiat-diem y Bui-chu.

Estos llegaron a Saigón y a sus alrededores justamente para ver cómo los monjes budistas se incineraban como protesta frente a la persecución del gobierno títere y católico de Ngo-dinh-Diem.

Y, al poco tiempo, comprendieron que no era posible sustraerse a una lucha que se filtraba por los poros y que no pedía, sino exigía definiciones y acción.

Se dio así el caso, tal vez paradójico para los norteamericanos, de que las aldeas católicas empezaran a expulsar de su seno a ciertos sacerdotes que acusaban a las autoridades a los campesinos de “ideas inconvenientes”.

Hasta que en el año 1960, con la formación del Frente Nacional de Liberación, los católicos se encontraron oficialmente involucrados en la guerra sin cuartel. Siguiendo el ejemplo de los budistas, designaron representantes y tuvieron su puesto en el Comité Central de este organismo.

Lo mismo sucedió en el norte, con la formación del Frente de la Patria. De este

modo, la jerarquía religiosa se encontró envuelta en el irresistible proceso dialéctico que marca el destino de Vietnam: cuando la mayoría del pueblo se alzó contra el invasor, algunos sacerdotes apoyaron este gesto sin reservas. Cuando todo el pueblo tomó las armas, ya la mayoría de ellos había tomado un lugar en la lucha. Y cuando esto sucedió, ya el alto clero no estaba en condiciones de desautorizar un movimiento que no contaba con su beneplácito.

Pareciera que el inolvidable pope descrito por Kazantzakis en su "Cristo de nuevo crucificado", se hubiera alzado en el medio de Vietnam para gritar con voz estentórea:

"La sumisión y la resignación no son las virtudes más viriles ni las más agradables a Dios. Un hombre decente no puede ver caer muertos a los niños delante de sí, sin saltar y pedir cuentas al mismo Dios".

## V

### MATANDO A LOS TEMIBLES LEPROSOS

**E**N el N° 6 de la publicación "Estudios vietnamitas", aparece una breve información que es interesante transcribir:

"Durante los últimos meses, la aviación norteamericana se ha ensañado especialmente contra los centros médicos y sanitarios de la RDV. Se trata de una política sistemática que persigue destruir las más hermosas realizaciones del socialismo en el Norte de Vietnam. He aquí la lista de los principales establecimientos destruidos o dañados". Y a continuación, los fríos números brindan el impresionante detalle.

Este es un aspecto bastante increíble para quienes quieren creer que la guerra de Vietnam guarda un resquicio de humanismo. O para quienes quieren creer —según las declaraciones de Lyndon Johnson— que la aviación norteamericana sólo bombardea los objetivos militares. Precisamente, en Moscú, a la vuelta de Hanoi, un distinguido médico chileno me decía que eso era imposible. Que violaba todas las convenciones internacionales.

Sin embargo, me tocó ver una prueba aún palpitante de esta aseveración vietnamita. Un ejemplo que no alcanzaba a figurar en las estadísticas de la publicación,

porque los pilotos habían procedido después de que ésta había sido distribuida.

Se trataba, justamente, del sanatorio de Thanh-hoa, donde estuvo hospitalizado el aguerrido sacerdote que conocimos en Hanoi. El hospital K-71, con capacidad para seiscientos enfermos, totalmente aislado del grueso de la población y con una gran cruz roja pintada sobre el techo del edificio principal, a manera de ingenuo detente contra las bombas.

El 8 de julio de 1965 fue atacado por cuarenta cazas a reacción. Los aviones efectuaron tres raids consecutivos, arrojaron más de cien bombas y mataron a cinco médicos, dos enfermos, cuatro obreros y veinte personas ajenas al hospital. El 21 de agosto los aviones volvieron para derribar las ruinas que quedaban.

Haciendo equilibrios sobre los escombros y asomados a los pantanosos cráteres abiertos por las bombas, escuchamos el relato de labios del Dr. Le-van-Ky, director del ex sanatorio.

—Si no hubo más muertos —dice—, es porque estábamos preparados para ese ataque.

Pero hay otro caso quizás más increíble.

En la provincia de Quynh-lap, a orillas del mar, existía un leprosario considerado como el más moderno del sudeste asiático. Con capacidad para dos mil enfermos, constituía una verdadera ciudad aislada, en la cual se habían creado las condiciones para que los pacientes desarrollaran una vida normal. Disponía de escuelas, club de música, teatro, campamentos de exploradores, y gozaba de justa fama debido a numerosos casos de curación del temible flagelo.

Transcribo a continuación un comunicado de la Sociedad de Dermatología de la RDV:

"... el 13 de junio de 1965, han llegado aviones a bombardear, a ametrallar sin piedad a los infelices leprosos durante más de una hora; perseguidos por aviones de velocidad supersónica, los desgraciados enfermos fueron, naturalmente, presas fáciles. Total: 120 muertos en una jornada. Durante los días siguientes los aviones volvieron a la carga, no una o dos veces, sino catorce veces en total. Peor aún: un grupo de leprosos que escapó a duras penas de los primeros ataques, encontró un asilo provisorio en un sanatorio evacuado a unos 70 Kms. de distancia. Aun allí los aviones norteamericanos han venido a hostigarlos, han

bombardeado este asilo provisorio, asesinado a médicos y enfermeros...”.

Tan premeditado fue el ataque al leproario de Quynh-lap, que los vietnamitas tuvieron tiempo y sangre fría para filmar uno de los bombardeos.

Así fue como nos dimos cuenta de que el comunicado transcrito no exageraba un ápice. Los cameramen, con riesgo de sus vidas, habían conseguido llevar al celuloide esta persecución de pesadilla. Y, sin trucos de montaje, se podía ver esa verdadera carnicería que se llevaba a efecto sobre una carne ya martirizada.

Ubicado en el papel del lector, no vacilaría en pensar que el cronista se ha sumergido en una novela de Kafka y no en la guerra de Vietnam. Y puede que el lector tenga razón. Aunque en el fondo, creo que ni siquiera el genial checoslovaco podría haber descrito una escena como la anterior.

## VI

### LOS MICROBIOS ACECHAN

**L**A RDV tiene como Ministro de la Salud a una eminencia mundial. Al Dr. Pham-ngoc-Thach, célebre por haber perfeccionado la vacuna antituberculosa. También es célebre por su actividad como resistente durante la guerra colonial. Pero eso es algo muy común como para mencionarlo. Casi todos en Vietnam tienen uno o más hechos heroicos en su curriculum. Ocasiones no han faltado.

El Ministro habla sobre los problemas médicos de Vietnam con el rostro ensombrecido.

—Los norteamericanos saben que tenemos una buena organización —dice—, por eso se han ensañado contra nuestros hospitales.

—¿Cuál cree Ud. que es la razón funda-



**LOS NORTEAMERICANOS** bombardearon el Centro de Investigaciones y Hospital de Leprosos de Quynh-lap sin preocuparse de la suerte de los leprosos. El Ministro de Salubridad del Vietnam del Norte, Dr. Pham-ngoc-Thach, fue de los primeros en llegar a consolar a los enfermos.

mental de esos ataques?—, pregunta el delegado francés.

—La intención clara de exterminarnos.

La respuesta es concisa y el tono denota la repugnancia de quien ha meditado mucho sobre el asunto.

Pausadamente el Ministro se explaya sobre las razones de su aserto, y se llenan páginas de anotaciones con los extraños nombres de los hospitales vietnamitas destruidos por los aviones norteamericanos.

Hasta que de pronto dice, sin dar mayor énfasis a sus palabras, que se están preparando para defenderse de la guerra bacteriológica:

—Estamos montando un movimiento de higiene nacional para luchar contra los agresores y salvar a la patria. Yo no voy a acusar, no porque no tenga pruebas científicamente válidas, pero voy a plantear diversos hechos. En primer lugar, en 1964 estalló una epidemia de cólera en Sudvietnam que duró hasta el presente año. Hacía veinte años que en esa zona no se conocía la enfermedad. Hay que tener presente que, de inmediato, una misión norteamericana predijo la extensión de la peste hacia el norte. Todo esto coincide con la llegada al sur, desde el Japón, de una sección del Instituto de Investigaciones sobre la Guerra Bacteriológica y Química. Constantemente estamos inspeccionando los barcos que tocan en Saigón. Ya el año pasado descubrimos cuatro casos de cólera en un barco japonés. Ellos no se detienen ante nada. Ahí tienen Uds. como ya han incorporado definitivamente a sus atrocidades el uso de la química y del gas. . .

## VII

### ASIA, ¿CONTINENTE DE COBAYOS?

**H**AY palabras que tienen magia o *swing*, como decía un aviso comercial. Una de ellas es la palabra “gas” cuando se la asocia con la guerra.

Resulta bastante extraño que algunas personas, casi acostumbradas por las agencias de publicidad a mirar a Vietnam como una noticia de rutina, hayan reaccionado indignadas por el uso del gas. Pareciera que sobre la epidermis de esta gente hubiera resbalado la barbarie anterior, presente y la que se avecina. Parece que no considerarían tan grave quemar niños con napalm, hundir a prisioneros en tinajas de

agua hirviendo o desventrar mujeres embarazadas.

Pero ¡el gas! . . . ah, eso es inhumano . . .

Los norteamericanos, que saben conducir la guerra en el terreno publicitario, ya conocían esta reacción. Por eso es que estuvieron experimentando con la opinión pública mundial y acondicionándola cuidadosamente. Sus expertos parecen haber aconsejado sondear primeramente el terreno, y desarrollar una ofensiva tendiente a convencer al mundo de que el gas es el más humanitario de los medios de combate.

Sin embargo, a los ojos de un espectador desapasionado, no han tenido éxito en su tentativa. Al decidirse a utilizar como instrumento guerrero un elemento que repele a la conciencia de la humanidad, sólo han conseguido demostrar hasta qué extremos ha cundido la desesperación en sus propias filas. La prensa norteamericana no ha sido remisa en reconocer este fracaso. El *Washington Post*, en su edición del 24 de marzo de 1965, confiesa con desencanto: “Es difícil establecer cuánto daño han causado el napalm y el gas en las filas del enemigo, pero no es difícil comprobar cuánto daño nos están haciendo a nosotros. Cada vez que nuestros soldados los emplean o permiten que los sudvietnameses los empleen, están injuriando el buen nombre de nuestro país”.

Por lo demás, el uso del gas como elemento de combate tiene otra implicancia más grave. Desde la Primera Guerra Mundial sólo ha sido empleado por los italianos en Etiopía y por los japoneses en China. Su “reentré”, en esta guerra de Vietnam, es una buena confirmación para aquellos que consideran que los asiáticos están sirviendo como conejillos para experimentos no convencionales.

Como quien dice, el fantasma de Hiroshima.

## VIII

### JARDINEROS DE LA MUERTE

**Y**A que estamos metidos en este museo de los horrores de la guerra de Vietnam, es posible hablar de lo que los vietnamitas llaman la “escalada química”.

Es un hecho incontrovertido el que los norteamericanos han recurrido a los auxilios de la química para operar en Vietnam.

Sin embargo, la explicación que dan de este empleo de la ciencia es sobremanera discutible.

Empezaron asegurando que los bombardeos con sustancias químicas tenían por objeto incrementar la productividad del suelo: "Estos productos químicos ayudan a extender la superficie cultivable", dijo el locutor de Radio Saigón, el 12 de marzo de 1963. Y ya la *Voz de América*, en su transmisión del 10 de marzo, había informado que "los portavoces del Departamento de Estado afirman que estos productos químicos no afectan a los hombres, a los animales ni al terreno".

Como el asunto era puesto en duda por algunos suspicaces, y como otros mal pensados decían que los productos químicos eran letales, se escuchó desde el olimpo la voz del trágico dictador Ngo-dinh-Diem:

—¡Pura invención de la propaganda comunista!

Sin embargo, poco a poco se fue descubriendo el velo y apareció claro que la química tenía dos objetos básicos: desforestar extensas zonas del territorio para arrancar el biombo de verdura que ocultaba a los "vietcong", y destruir los cultivos y aprovisionamientos de las "zonas comunistas": "hasta aquí nuestro ejército ha utilizado los productos 2-4D y 2-4-5T en trece localidades para desmalezar el territorio. Por otra parte, hemos destruido los cultivos de los comunistas en las provincias de Phuoc-long y Thua-thien. Los Estados Unidos nos proveen de los productos y a veces nos asesoran para su utilización"... Así habló Phan-van-Tao, Director General de Informaciones de Diem, el 20 de marzo de 1963, para *La Voz de América*.

Desde el punto de vista táctico de una guerra convencional, el asunto podría parecer explicable. Sin hablar en términos de justicia, humanidad o legalismo. Sin embargo, cuando se participa en una guerra como la de Vietnam, resulta absurdo aceptar este tipo de explicaciones. Porque los "vietcong" no son un ejército regular acantonado en lugares precisos. Porque los cultivos de los comunistas son también los cultivos de los budistas, de los católicos, de los niños, de los ancianos y mujeres. Porque, en fin, los cultivos comunistas serían los que están ubicados en territorios comunistas... y los norteamericanos llaman territorio comunista a todo aquél que no esté bajo su control. Es decir, en estos mo-

mentos, todo el Norte y cuatro quintas partes del territorio de Vietnam del Sur.

Ahora, en el hecho, el bombardeo con productos químicos no es tan indoloro como lo presentan. El desmalezamiento va acompañado de la contaminación de los cultivos, de los árboles frutales y del agua. Como consecuencia inmediata viene la intoxicación, y aun la muerte, de los pobladores afectados y del ganado.

En una reunión con el Comité Estatal de Ciencias, tuvimos oportunidad de escuchar el informe del profesor Do-xuan-Hop, Dr. en Medicina, laureado con el Premio Testut de la Academia de Ciencias de París. Explicó con precisión el resultado de las investigaciones, y manifestó que entre las sustancias químicas empleadas por los norteamericanos se encontraban numerosos compuestos y derivados del arsénico: "... estas sustancias químicas son efectivamente herbicidas, insecticidas o pesticidas, pero empleadas en fuertes concentraciones o en dosis masivas son capaces no sólo de aniquilar cosechas enteras, sino aun de secar los árboles frutales e intoxicar gravemente a los animales y a los seres humanos...".

También expresó que el empleo intensivo de productos químicos sobre concentraciones humanas y sobre la agricultura, en el Sur, había arruinado docenas de miles de hectáreas cultivadas, había terminado con millares de cabezas de ganado y había intoxicado a más de 20.000 personas "entre las cuales se cuentan centenas de casos de ceguera o de muerte".

Como se puede observar, algo bastante distinto al simple desmalezamiento o a la reforma agraria.

## IX

### LOS TREINTA MILLONES QUE ESTORBAN

**Y** ya que estamos con la agricultura, conviene agregar otras cosas para tener un conocimiento más exacto de las "originalidades" de la guerra en el Vietnam.

Vietnam es, como se sabe, un país agrícola de la zona tropical. Esto es, un país sujeto vitalmente a los caprichos de la naturaleza. Una población dependiente de la sequía o de la inundación.

Para prevenir calamidades de esta índole



**LOS CAMPESINOS VIETNAMITAS** se han convertido en especialistas en derribar aviones yanquis. Ubicados en zanjás, a la manera en que se ve en la foto, resultan tan buenos como la más moderna de las baterías antiaéreas modernas.

le, la RDV empezó a actuar en un terreno en el cual habían sido remisas todas las administraciones coloniales. Creó el Ministerio de Hidráulica Agrícola y, por su intermedio, empezó un vasto plan de construcciones destinado a canalizar los ríos, a contener la lluvia en los tranques y a captar las corrientes de agua subterránea.

Desde el punto de vista militar norteamericano, se diría que empezó una construcción en gran escala de "objetivos estratégicos". Porque, en sus continuos raids aéreos, han demostrado una interesante preferencia por los tranques, los canales y los diques. El solo sistema de irrigación dependiente del río Chu ha sido objeto de 29 ataques entre el 4 de abril y el 26 de agosto de 1965.

Con esto es posible ya hacer un recuento somero:

Bombardeo sistemático de hospitales y obras hidráulicas. Guerra química y gasificación. Evidentemente, no es una agresión de guante blanco.

Quienes están al tanto de la situación

comprenden perfectamente que los ataques a los cultivos, al ganado y a las obras hidráulicas, tienen por objeto derrotar por el hambre a un pueblo que no ha podido ser vencido por las armas.

Por otra parte, los bombardeos de hospitales no pueden tener otro objeto que rebajar las condiciones sanitarias del país... aunque tal vez haya quien piense que es un sistema rápido y eficaz de terminar con los enfermos.

De conseguir éxito en estos propósitos, los norteamericanos se encontrarían, a corto plazo, con un pueblo famélico y propenso a toda clase de enfermedades.

Y surge acá el recuerdo del Ministro de la Salud, cuando dice que la RDV se está preparando para luchar contra la guerra bacteriológica. Porque, ¿qué mejor caldo de cultivo se quisieran los ejércitos de virus y bacterias?

Desde otro punto de vista, el empleo de estos métodos decididamente "no convencionales" demuestra que:

La agresión se está llevando a cabo contra todo un pueblo.

De acuerdo con la lógica norteamericana, esto quiere decir que en Vietnam todo el mundo es un "vietcong".

Si todo el mundo es un "vietcong" y si los "vietcongs" son enemigos de la libertad y de la democracia, hay que edificar un nuevo y alegre país sobre los cadáveres de treinta millones de habitantes.

Más de un soldado norteamericano ha sentido el peso de esta enorme monstruosidad. Así lo prueba, al menos, una carta del capitán Edwin Shank a su esposa, publicada en el "U.S. News & World Report", de 4 de mayo de 1965:

"...jamás me he sentido más solo, desgraciado, decepcionado y frustrado en mi vida. Me siento algo avergonzado de mi país. Nosotros ya no podemos levantar la cara en este país, pues ya no tenemos cara que levantar. Peleamos y morimos, pero a nadie le importa. Le han mentido a mi país con respecto a nosotros".

El capitán Shank murió en acto de combate, el 24 de marzo de 1964.

## X

### LA OPERACION MENTIRA

“L E han mentido a mi país con respecto a nosotros”... En esto el infortunado soldado coincide extrañamente con el fiero y siempre lúcido Bertrand Russell, quien escribió una carta al "New York Times", en 1963, denunciando la mistificación: "... El gobierno norteamericano ha proscrito la verdad acerca de la conducción de esta guerra; ha ocultado el hecho de que ella viola los acuerdos de Ginebra sobre Indochina, ocupa a grandes cantidades de tropas norteamericanas y es llevada a cabo de una manera que recuerda a la guerra practicada por los alemanes en Europa Oriental y por los japoneses en el Sudeste de Asia".

Pero también coincide con otro personaje llamado U Thant quien, pese a su impasibilidad budística, ha tenido que decir: "Estoy seguro de que el gran pueblo norteamericano, si sólo conociera los hechos y las razones verdaderas de los acontecimientos en Vietnam del Sur, coincidirá conmigo en que es innecesario seguir derramando sangre. Es sabido que en tiempos de

guerra y hostilidades la primera baja es la verdad".

La crónica de la mentira empieza cuando los Estados Unidos declaran apoyar al gobierno legítimo de Saigón. Gobierno legítimo que no tiene ningún título de legitimidad, y que no es sino una maniobra para impedir las elecciones populares consultadas en el Acuerdo de Ginebra. Ya lo reconoce el mismo Eisenhower al sostener en sus memorias ("Mandate for change", página 372), que "nunca he hablado o me he escrito con alguien interiorizado en los problemas de Indochina, que no estuviera de acuerdo en que si se hubieran efectuado elecciones posiblemente el 80% de la población hubiera votado por el comunista Ho-chi-Minh".

Después de haber protegido así la autodeterminación del pueblo vietnamita, dan su "agreement" a los generales que derrocan a Ngo-dinh-Diem, su ex títere. Como el asesinato de este dictador provoca conmoción mundial, los Estados Unidos se apresuran a declarar que ellos no han intervenido ni pueden intervenir en los asuntos políticos internos de Vietnam. Esto no convence ni siquiera al "New York Herald Tribune", el cual en su edición del 2 de noviembre de 1963 expresa que "a pesar de la negativa del Departamento de Estado de que el Gobierno estuviera comprometido en el levantamiento, esta revuelta es nuestra revuelta".

En ningún momento reconocen que sus soldados son combatientes en Vietnam. Oficialmente son asesores o instructores de los soldados nativos subdesarrollados. Por supuesto que nadie cree. Según el "New York Times", de 21 de octubre de 1962, "los norteamericanos y vietnamitas marchan juntos, pelean juntos y mueren juntos, y es difícil estar más comprometido que eso".

Al usar el gas, declaran que es el medio más humanitario que se puede emplear en la guerra. Que no le hace daño a nadie.

Cuando empieza la guerra química, explican al mundo que es para desforestar la selva. Los miles de vietnamitas, hombres, mujeres y niños, que se quedan sin comida no pueden creer esto todavía.

Sostienen que su lucha es contra el demonio encarnado en el "Vietcong". Sin embargo, su ataque lesiona a todo lo que se mueve fuera de sus recintos fortificados. Nuevamente el "New York Times" de-



muestra su escepticismo: "Es difícil distinguir si la gente que muere por efectos del napalm o de las bombas, son guerrilleros o simples campesinos" (edición del 7 de julio de 1962).

Atacan a la RDV porque está agrediendo al Sur y porque es una avanzada de la agresión que los chinos llevan a efecto en el Asia. Sin embargo, ni la RDV, ni la República Popular China han ocupado el sur de Corea, establecido bases militares en Japón, Filipinas y Tailandia, ni intervenido en Laos y Cambodia. Tampoco tienen una Séptima Flota que patrulle airosa los mares de la zona.

Dicen que atacan sólo los objetivos militares de la RDV. Ya hemos visto que eso no pasa de ser otro jalón más de esta gigantesca operación mentira.

Afirman que quieren sostener negociaciones pacíficas. Y mientras dicen esto, siguen cayendo las bombas, sigue llegando armamento y tropas, y asoman en el horizonte los primeros porta-aviones nucleares.

Una síntesis global de esta operación mentira puede encontrarse en la edición del 23 de noviembre de 1962 del "New York Herald Tribune":

"Los Estados Unidos están profundamente envueltos en la más grande guerra secreta de su historia. Jamás tantos soldados norteamericanos se han visto comprometidos en una zona de combate, sin que exista un programa oficial para informar al público de lo que está sucediendo".

## XI

### LOS HONORABLES HUESPEDES

**L**OS efectos de esta operación mentira no se producen por control remoto.

Tienen que pasar a través de conductores humanos llamados asesores por los norteamericanos y criminales de guerra por los vietnamitas.

Son, por una parte, los encargados de freír gente con napalm y de arrasarlo poblaciones enteras en busca de los endemoniados "vietcong". Por otra, son hombres obligados a vivir y a morir en un medio hostil, expuestos a enfermedades, acosados por el calor, por la humedad, por los mosquitos y, a veces, por el remordimiento.

Estos soldados tienen en su equipo instrucciones precisas de sus "public relations". Pequeñas tarjetas recordándoles sus

nueve normas básicas de conducta en Vietnam:

- 1.—Recuerde que somos huéspedes aquí. No hacemos peticiones ni buscamos tratamiento especial.
- 2.—Comuníquese con la gente, comprenda su modo de vivir, use frases de su idioma y respete sus leyes y costumbres.
- 3.—Trate a las mujeres con cortesía y respeto.
- 4.—Haga amistades entre los soldados y la gente corriente.
- 5.—Ceda siempre a los vietnamitas la preferencia en el camino.
- 6.—Esté atento a las normas de seguridad y pronto a reaccionar con su habilidad profesional.
- 7.—No atraiga la atención con un comportamiento inusual, rudo o estridente.
- 8.—Evite separarse del pueblo por ostentación de riqueza o de privilegios.
- 9.—Por sobre todo Ud. es miembro de las Fuerzas Armadas de los EE. UU. de N. A., en una misión difícil, responsable por todas sus actitudes tanto oficiales como personales.

Y estas tarjetas terminan con la arenga que sigue: "Proyecte honor sobre Ud. mismo y sobre los Estados Unidos de Norteamérica".

Sin embargo, por muy acondicionados que estén estos honorables soldados, siempre están expuestos a mirar la realidad con sus propios ojos. Y, cuando esto ocurre, la operación mentira cobra víctimas en sus propias filas.

Porque, desafortunadamente para su tranquilidad espiritual, los soldados que abren los ojos tienen que convencerse de que no son heroicos paladines embarcados en una difícil misión justiciera, sino lamentables muñecos que hacen un juego objetivamente repugnante. Al despertar del largo sueño americano, tienen que comprender que sólo son carne de cañón. Y una carne tan descompuesta que nadie la puede tragar.

Los vietnamitas, con sagacidad, comprenden que este fenómeno tiene que producirse. Por eso saben distinguir al pueblo norteamericano de sus autoridades, y a estas autoridades de los soldados. Por eso, y por razones de simple humanidad, tienen órdenes precisas de respetar la vida de los prisioneros.

## XII

### REMEMBER NUREMBERG

**R**ICHARD Paul Keirn, capitán de la Fuerza Aérea norteamericana, nació en Akron, Ohio, el 29 de julio de 1924. Prestaba servicios en la guerra de Vietnam como miembro de la escuadrilla N° 47 de combate táctico con base en Ubon, Thailandia. Actualmente su residencia obligada está en algún lugar de la República Democrática de Vietnam.

Alto —casi dos metros—, de rostro cetrino y mirada huidiza, se presentó ante nosotros vistiendo un correcto slack verde oliva y fumando nerviosamente. Los soldados vietnamitas lo ubicaron en una pequeña mesa frente a la nuestra y, al igual que a nosotros, le sirvieron té y frutas a discreción.

Empezó por confirmar todos los datos relativos a su individualización y a su base de despegue. Según cuenta, partió de Thailandia en malas condiciones atmosféricas. Al sobrevolar la zona señalada del Norte de Vietnam su aparato fue alcanzado por un proyectil y se vio obligado a saltar en paracaídas. Iba herido en una rodilla y con quemaduras en la cara provocadas por la inflamación de la gasolina. Cuando cayó fue capturado por los campesinos del lugar quienes lo llevaron a una cooperativa agrícola para cuidar sus heridas. Después lo trasladaron a un campamento militar, donde poco a poco recuperó su salud.

—¿Qué objetivos tenía para bombardear?

—Yo volaba para proteger otros aviones, no para bombardear. Sólo he salido dos veces y siempre en misiones de cobertura.

—¿Quiere decir que en las escuadrillas hay dos tipos de aviones?

—Exactamente. Los F-105-D son para atacar, los F-4 son para cobertura.

—¿Díganos qué opina sobre esta guerra, sobre su misión y sobre el pueblo vietnamita?

—El pueblo se ha portado muy bien conmigo. Sé muy poco sobre la guerra... no sé por qué mi gobierno la hace. Mi impresión sobre el pueblo es muy buena.

—¿Qué explicaciones le daban a Ud. cuando salía en una misión?

—No me daban explicaciones, sino órdenes.

—¿Qué haría Ud. si le ordenaran bombardear una escuela?

—No cumpliría esa orden.

—Sin embargo debe haber pilotos que cumplen esas órdenes ya que hemos visto muchas escuelas bombardeadas.

—Yo nunca recibí ese tipo de órdenes, pero sé que mi gobierno ordena bombardear sólo objetivos militares.

—Para que un país bombardee objetivos militares de otro país debe existir un estado de guerra. El estado de guerra debe ser aprobado por el Congreso norteamericano según la Constitución de los Estados Unidos... ¿Conoce Ud. esa ley o esa aprobación del Congreso de su país?

—No conozco nada de eso. No tengo conocimientos legales.

—¿Puede discriminar Ud. con respecto a las órdenes que recibe, analizando si son justas o no, humanas o inhumanas?

—Cuando recibo órdenes ellas provienen de mis superiores. Mis superiores han sido designados por el gobierno, por lo cual supongo que se ajustan a las leyes de mi gobierno. Y yo debo obediencia a mi gobierno.

—¿Sabe que los criminales de guerra nazis daban la misma respuesta en Nüremberg?

—Sí, recuerdo eso.

—Nos parece extraño que un oficial ignore los motivos de una guerra...

—Realmente no conozco las razones que ha tenido mi gobierno. No estoy familiarizado con los asuntos políticos. Eso es de la incumbencia del jefe del gobierno.

Las respuestas consignadas fueron trabajosamente emitidas por Keirn. Mirando el suelo, estrujándose las manos o fumando incansablemente, estaba llevando el interrogatorio a un punto muerto sin que pudiéramos saber si su incapacidad intelectual era auténtica o simulada.

En ese momento me pareció interesante ponerlo frente a la evidencia de su propio absurdo:

—Los norteamericanos sostienen que viven en una democracia. Sin embargo Ud., oficial de la Fuerza Aérea, hombre que ha tenido todas las posibilidades de cultura que se brindan al ciudadano medio, no sabe si su país ha declarado o no la guerra a Vietnam. No sabe si existe o no una declaración del Congreso que apruebe la declaración de guerra. Está viendo cómo mueren sus compatriotas, pero dice que todo esto es un asunto político de la incumbencia del jefe del Estado. Díganos ¿cómo puede funcionar una democracia en su país si los nor-

teamericanos no saben por qué matan o mueren en Vietnam?

Frente a esto, Keirn se alteró notablemente. Balbuceando que no había entendido bien, se hizo repetir la pregunta. Aspiró su cigarrillo, pensó un momento y luego respondió:

—De acuerdo con lo que yo sé, cuando el pueblo piensa que el gobierno está equivocado pide cambios. Pienso que la mayoría del pueblo cree en el gobierno. Para terminar con la guerra debe producirse una manifestación clara de la gente, pidiendo cambio de gobierno. Realmente yo no sé en este momento si el pueblo quiere o no seguir con la guerra, porque hace mucho tiempo que estoy fuera del país.

### XIII

#### LOS TEXANOS SABEN MUCHO

**E**L segundo prisionero interrogado es Robert Norlan Daughtrey. Capitán instructor de la Fuerza Aérea, nacido el 5 de octubre de 1933 en Eagle Pass, Texas, perteneciente a la escuadrilla de combate táctico N° 2 con base en Korat, Tailandia. Fue capturado el 2 de agosto de este año, cuando cumplía la misión de bombardear el puente de Hamrong, en la provincia de Thanh-hoa.

Daughtrey es un hombre delgado, de 1,80 m. aproximadamente, con el aspecto clásico del "good boy" norteamericano. Su sonrisa ancha es comunicativa y simpática.

Lo primero que trata de hacer es coger con la boca un cigarrillo. Sus brazos están momentáneamente inservibles ya que los tiene enyesados. Como no puede conseguir su objetivo, es auxiliado por un impasible miliciano que le pone el cigarrillo en la boca y se lo enciende.

Empieza por confirmar todos los datos relativos a su individualización. Pero, al llegar al punto concerniente a su base de despegue se niega a responder.

—Me atengo a lo ya declarado —dice sin perder su sonrisa.

A continuación se exhibe con respecto a su captura:

—Cuando iba a bombardear un puente me di cuenta de que mi avión estaba averiado. Traté de controlarlo para dirigirlo al mar, pero no pude. Me vi obligado a saltar. Como ya me habían alcanzado en un brazo, no pude orientar el paracaídas y al caer a



**ESTA CAMPESINA** es dirigente de una cooperativa agrícola, en la provincia de Thanh-hoa y, al mismo tiempo, comandante de milicianos. Ha dirigido personalmente "el descenso" de 25 aviones norteamericanos en la defensa del puente de Ham-rong (mandíbula del dragón).

un arrozal me quebré el otro brazo. Gente del lugar llegó a libramme del paracaídas. Me llevaron a una casa bajo los árboles, después me pusieron en una camilla de bambú y me trasladaron a otro lugar donde cuidaron mis heridas. De ahí me llevaron a un hospital, después a un campamento militar. Y, aquí estoy.

Evidentemente el texano es un hombre rápido mentalmente. Las preguntas y respuestas se suceden sin interrupción:

—Muchos hospitales semejantes a ese

donde Ud. fue atendido han sido barridos por las bombas. ¿Qué opina Ud. sobre esa misión de bombardeo indiscriminado?

—El hospital donde me atendieron estaba en muy buenas condiciones. No he visto hospitales bombardeados.

—Ud. sabe perfectamente que ese no es el alcance de mi pregunta.

—Bueno, nunca hemos recibido órdenes de bombardear hospitales.

—Nosotros hemos visto hospitales bombardeados. ¿Cree Ud. que eso se ajusta a las convenciones internacionales?

—Pienso que si la aviación tuviera como objetivos a los hospitales, eso sería ilegal. Pero, si resultan averiados por encontrarse cerca de objetivos militares, es muy lamentable pero no ilegal.

—Cuando Ud. salía en una misión llevaba un mapa, una carta del lugar ¿no es así?

—Exacto. Llevamos mapas y podemos distinguir perfectamente los objetivos asignados.

—¿Puede distinguir un hospital desde el aire?

—Sí, cuando tiene los signos convencionales.

—¿Examina Ud. el contenido de las órdenes que recibe?

—¿Qué tipo de órdenes?

—Si le dicen que debe bombardear un puente ¿qué piensa?

—Pues... que debo bombardear un puente.

—Entonces, Ud. no analiza el contenido de las órdenes.

—Soy soldado y estoy obligado a obedecer.

—¿Sabe que los nazis en Nüremberg daban la misma respuesta?

—Sí, pero si no hago lo que me mandan me fusilan.

Esta respuesta fue dada con el mismo desenfado pero, al parecer, con exceso de prisa. Al ver que las otras preguntas venían derechamente a hacer hincapié en su afirmación, Daughtrey solicitó la palabra para hacer una aclaración:

—En verdad, cuando hablé de que me fusilarían incurrí en una exageración. Nunca pasa eso. Lo que sucede es que mis primeros pensamientos son siempre para cumplir con lo que me ordenan mis superiores.

Luego, sobre la base de otras preguntas, el prisionero demostró un cabal conocimiento de la posición de Washington. Sabía que

su país no se encontraba en guerra, sino "ayudando al pueblo amigo de Saigón". También conocía los alcances de esta aseveración:

—Por eso es que no soy un prisionero de guerra sino un criminal.

Al preguntársele sobre la opinión del pueblo norteamericano en relación con la guerra, Daughtrey aplicó integralmente sus conocimientos de Educación Cívica:

—Si el pueblo no quisiera esto, tiene un sistema establecido para cambiar a sus dirigentes. Basta con que elija otro presidente.

—Bueno, pero en los Estados Unidos se usa a veces otro procedimiento para cambiar presidentes, como sucedió con Kennedy.

Daughtrey nos miró atentamente y en sus ojos brillaba la luz de la verdad oficial. Si hubiera tenido sus manos en estado de uso, seguramente nos habría señalado admonitoriamente con su dedo índice. Con tono doctoral fulminó nuestra ignorancia:

—¡Ah! pero eso fue una obra individual. Fue el acto de un solo hombre.

El lector puede sacar sus conclusiones sin ayuda de intérprete. Pero quiero advertir que he dejado para un párrafo aparte las respuestas finales del piloto Daughtrey, porque me parece que sintetizan adecuadamente el éxito de un sistema destinado a aplastar el libre examen.

Robert Norlan Daughtrey está muy al tanto, y muy de acuerdo, con la tesis de las "fronteras ideológicas". Cuando se le preguntó sobre las razones de la presencia de los Estados Unidos, "potencia extracontinental, occidental y cristiana", en el continente asiático, respondió:

—El mundo occidental, libre y cristiano comprende, incluso, el Oriente y Vietnam, país al cual nos comprometimos a defender. Nuestra misión aquí es muy necesaria, porque así impedimos la ayuda hacia el Vietcong.

El delegado soviético formuló entonces una pregunta tal vez demasiado obvia, pero que denotaba su mal contenida indignación:

—¿Se considera Ud. un arma ciega del imperialismo?

Daughtrey, haciendo lo posible por parecer exasperante, respondió con su inmutable sonrisa:

—Ese es un buen slogan comunista, pero en realidad yo no me considero eso.



**EL DELEGADO SOVIETICO, de espaldas, y el abogado libanés inspeccionan la zona bombardeada, acompañados de milicianos de la zona de Thanh-hoa.**

De este modo, se planteó una breve polémica en una pregunta y una respuesta:

—¿Qué le parece a Ud. más peligroso? ¿Ese slogan comunista o este bombardeo indiscriminado contra el pueblo de Vietnam?

—En realidad, el bombardeo es peligroso y lamentable para el pueblo de Vietnam, pero el slogan comunista es más peligroso, porque revuelve a los países contra los Estados Unidos.

Terminada la fugaz polémica, el interrogatorio prosiguió en otro frente:

—Existen testimonios fehacientes de las torturas que se infligen a los prisioneros en el sur de Vietnam. ¿Han procedido de igual manera con Ud. las autoridades de esta zona?

—No me puedo quejar porque he sido muy bien tratado. Me han alimentado bien, no me han torturado y se han preocupado de mis heridas.

—¿Pero qué piensa de los prisioneros torturados en el Sur?

—No tengo noticias de que se torture a los prisioneros en el sur. Y, si lo hacen, yo no sé por qué.

## XIV

### THANH-HOA, O LA BOMBA NUESTRA DE CADA DIA

**L**LEGAR a la zona sometida al bombardeo sistemático —que los vietnamitas llaman Cuarta Zona— no es una empresa fácil. El primer obstáculo que hay que remover es la solicitud de los anfitriones. Pues ellos saben, y lo dicen claramente, que no pueden garantizar en tal caso la seguridad personal de sus huéspedes.

El segundo problema es el viaje mismo. Y el tercero son las bombas.

Después de haber vencido el primer obstáculo, previa discusión que se prolongó por dos días, pregunté ingenuamente si tendríamos la posibilidad de ser testigos de un bombardeo.

—Sería una suerte que no tuvieran esa oportunidad—, fue la respuesta inmediata.

Así fue como partimos a la provincia de Thanh-hoa. Una de las regiones más castigadas por las bombas norteamericanas. La provincia donde estaba el sanatorio que albergó al sacerdote guerrillero, y donde se

encuentra el puente que quería destruir el piloto Daughtrey.

El viaje fue cuidadosamente planeado. Se establecieron los contactos necesarios con las autoridades de las localidades intermedias y con las del lugar de destino. Se impartieron las instrucciones pertinentes a los soldados y milicianos que custodiaban la ruta, y se nos dio el pase una noche de luna llena. La luna haría las veces de faro, pues la precaución ordenaba viajar de noche y con las luces apagadas.

Los cuatro jeeps del convoy, los vietnamitas y nosotros partimos cuidadosamente camuflados. Además, pre munidos del equipo protector que las circunstancias aconsejaban: toallas listas para ser empacadas en caso de ser humanitariamente atacados con gas, y telas protectoras contra los efectos menos gentiles del napalm.

—Si ven una luz de bengala frente a los vehículos, salgan rápidamente y dispérsense hacia los costados... por ningún motivo permanezcan cerca de los jeeps. Fue la última y conminatoria advertencia del jefe de la expedición.

En estas condiciones, ya el solo viaje era un peligro. Pese a la indudable pericia de los conductores, muchas veces nos detuvimos a escasos metros de los vehículos que venían en dirección contraria, guiándose por las indicaciones de la luna y por el estrépito de los claxons.

Porque en la noche el bosque sale de su sopor tropical y se mueve a lo largo y a lo ancho de la angosta ruta. Peatones, mujeres portando las clásicas balanzas asiáticas, ciclistas, camiones militares, camiones cisternas, aprovechan la precaria seguridad de la noche para mantener el contacto y el aprovisionamiento entre las distintas zonas del país. Es una muchedumbre rigurosamente disfrazada de árbol, que circula con movimientos fantasmagóricos al compás de motores y bocinas.

Tres puentes destrozados nos obligaron a abandonar los vehículos para asegurar la travesía en balsa. Todo esto con movimientos precisos y seguros. Sin perder un segundo: donde hay puentes o donde se supone que los haya el peligro es constante.

Después de seis horas de viaje llegamos al lugar señalado. La luna ya había desaparecido y nosotros estábamos atravesando el puente de Ham-rong. Un puente que, como un símbolo, seguía prestando servi-

cios pese a los innumerables ataques de que ha sido objeto.

La relativa seguridad de Hanoi se encontraba a doscientos kilómetros de distancia.

## XV

### LOS REYES MAGOS

**E**N Hanoi habíamos oído hablar muchas veces de una espantosa acción que tuvo lugar durante una festividad nacional, llamada de la Luna Llena o del Semiotoño. Todos los que hablaban de esto aprovechaban la oportunidad para subrayar que “evidentemente, Johnson es peor que Hitler”.

Ahora nos encontrábamos en uno de los escenarios del hecho y nos era relatado por uno de los testigos: el comandante Phan-van-Noi, jefe de las fuerzas armadas de la provincia de Thanh-hoa:

—La fiesta de la Luna Llena es una fiesta nacional de los niños en Vietnam, que debía celebrarse el 10 de septiembre. Ese día los aviones norteamericanos sobrevolaron la provincia arrojando paquetes con regalos. Los paquetes, por supuesto, llevaban sendos mensajes: “De los niños de Vietnam del Sur para los niños de Vietnam del Norte”... “A Uds. les hace falta”... Al poco rato, volvieron los aviones y dejaron caer bombas y rockets. Muchos niños murieron o quedaron heridos al lado de los juguetes que habían recibido. Los campesinos del lugar están convencidos, ahora, de que los regalos norteamericanos son un cebo para asesinar, por eso los llaman “regalos que matan”...

La acción es lo bastante horrorosa como para imponerse a cualquier comentario. Sin embargo, es interesante anotar que la distribución de juguetes corresponde, indudablemente, a esas sabias directivas que imparten los expertos en la guerra psicológica. El que la distribución de bombas se haya efectuado inmediatamente después, demuestra que las operaciones no marchan muy coordinadas.

Porque, con este bombardeo pascuero, sólo consiguieron crear el sentimiento reflejo de que los regalos norteamericanos son presentes griegos. Es decir, el mismo sentimiento que debe haber experimentado el dictador Ngo-dinh-Diem momentos antes de morir.

## XVI

### UN APACIBLE BOMBARDEO

**D**ESPUES de la charla con el comandante Phan-van-Noi, salimos a recorrer la zona. Para ello fue necesario abandonar dos de los cuatro jeeps, ya que una gran polvareda en el camino nos podía convertir ipso facto en un objetivo militar.

Los aviones ya habían efectuado un bombardeo a veinte kilómetros de distancia.

En la carretera nos sorprendieron cuatro alertas. Nos dábamos cuenta porque, como en el juego infantil de la momia, los peatones y los vehículos se detenían de improviso plasmándose un silencio casi sonoro.

Como en los ascensores, todo el mundo callaba y miraba al cielo.

Así fue como, agazapados en una zanja y bajo un sol demoledor, vimos aparecer a los aviones norteamericanos, o a "los buitres", como los apodaban gráficamente los campesinos.

Eran puntos imperceptibles en la altura, que evolucionaban a corta distancia del lugar.

Por un momento me pareció absurda la preocupación. A esa altura no había ninguna posibilidad de localizar un blanco terrestre.

El estruendo de dos bombas me volvió a la realidad. En efecto, era imposible localizar un blanco... pero los aviones no pretendían eso. Simplemente cumplían su misión accionando la palanca sobre un centro poblado.

De este modo, la muerte y la destrucción venían del cielo tanteando el camino con el bastón blanco de un ciego.

—Cuando no tienen objetivos precisos —me explicaron— bombardean desde grandes alturas. Así tratan de eludir también nuestros proyectiles y nuestras defensas estratégicas.

A todo esto, la calma alrededor daba una sensación de confianza difícil de explicar.

En Santiago, un temblor de regular intensidad tiene la virtud de arrancar gritos histéricos y de provocar actitudes absurdas y destempladas. Aquí, con los aviones sobre sus cabezas, nadie perdía el control: los niños metidos bajo toldos camuflados o en refugios naturales miraban hacia arriba con curiosidad. Los campesinos, recostados

contra las zanjas, parecían repetir una pose ensayada hasta la saciedad.

Y, a corta distancia de nosotros, una anciana no se había dado la molestia de dejar de trabajar.

## XVII

### LA LEYENDA DEL BESO Y OTRAS HISTORIAS

**L**UEGO de la visita al sanatorio para tuberculosos, volvemos a atravesar el puente de Ham-rong o el puente de la Mandíbula del Dragón.

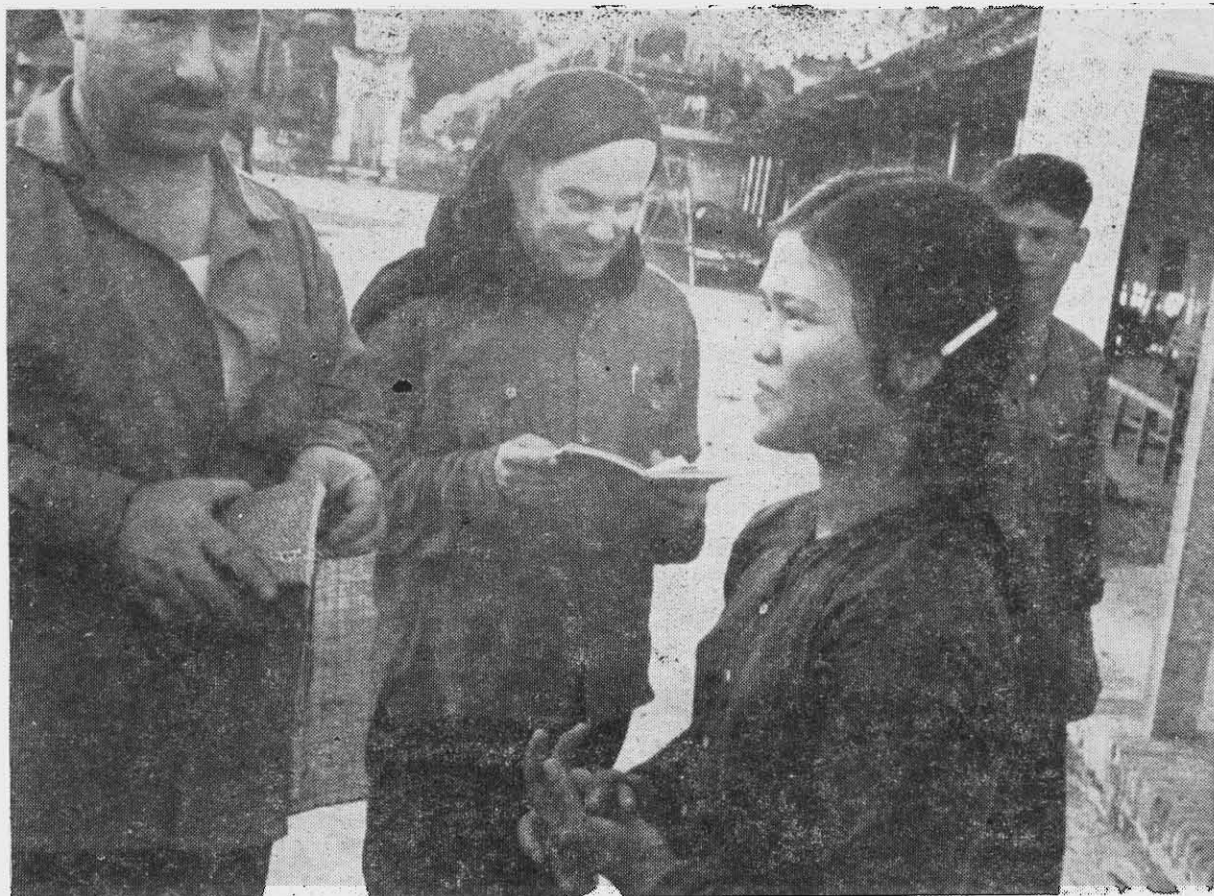
La población de la localidad se ha organizado para defenderlo, y todos participan en la lucha contra el avión. Su vida pende de un hilo a causa de este puente, pero están conscientes de su gran importancia para mantener la comunicación con el resto del país.

Hoang-thi-Hue, presidenta de la cooperativa agrícola de la zona y comandante de milicianos, nos cuenta detalles de esta lucha y de la técnica especial que han desarrollado sobre la base de la experiencia:

—Nosotros tenemos que disparar asegurando al máximo las balas. Para ello, lo mejor es esperar que los aviones se lancen en picada. La fuerza del aparato que desciende, más la fuerza del proyectil, provocan averías casi siempre. Además, un equipo de fusileros eficaz obliga a elevarse a los aviones que pican y a presentar un mejor blanco para la artillería. Nuestros compañeros han perdido por completo el miedo. Me acuerdo de la camarada Thin que disparaba serenamente, mientras las balas de metralla caían a tres metros de su posición.

Hoang-thi-Hue es una campesina delgadísima, como el 99% de la población vietnamita, y de una edad indefinible, como el 100% de la población adulta. Su dulce sonrisa y su tímida femineidad contrastan con sus laureles guerreros. El comandante Phan-van-Noi ya nos había informado de que esta campesina había dirigido personalmente el abatimiento de veinticinco aviones sobre el puente, y de que sus milicianas eran las más aguerridas de la región.

La comandante, con sereno orgullo, nos presenta a cinco de sus milicianas. Las "aguerridas" son muchachitas de 18 y 19 años, un poco más altas que sus respectivos fusiles. Entre ellas está Ngo-thi-Tuyen, la heroína más famosa de Thanh-hoa. Sus



**Ngo-thi-Tuyen, la heroína más famosa de Thanh-hoa.**

ojos brillan cuando cuenta de aquella vez en que transportó 96 Kg. de municiones en su balanza, bajo el fuego enemigo. Hazaña que le valió una condecoración del tío Ho. Hay que hacer presente que Tuyen no puede pesar más de 48 Kg.

La jefa del pequeño pelotón es Hug, hermosa y frágil aldeana. Su mutismo desaparece cuando habla de las acciones bélicas. Entonces habla con entusiasmo, como una liceana que llega con buenas notas a su hogar. Con picardía cuenta que le parece muy divertido capturar a los pilotos que se ven obligados a descender en la zona... "tan grandes y tan humildes para rogar por su vida".

—No te dan deseos de maltratarlos cuando los tienes a tu disposición—, le pregunto.

—El que ellos sean bárbaros con nuestros prisioneros no justifica que nosotros hagamos lo mismo—, responde. Sabemos que son las autoridades las encargadas de juzgarlos.

—¿Y la población de acá comprende eso?

—Todos lo saben perfectamente. Por eso, si los pilotos no se resisten, nadie les hace daño.

Espontáneamente se desarrolla un acto de confraternidad en el villorrio. Los campesinos cantan en coro una canción alusiva a la lucha y a la producción y nos regalan con toda clase de frutas. Las milicianas nos entregan unos toscos anillos plateados. Están hechos con trozos de aviones derribados en la zona y, por ello, tienen un valor que no se puede apreciar en kilates.

Es un impacto emocional. Joë Nordmann, el delegado francés, hombre curtido por una resistencia heroica contra el nazismo, no lo disimula. Improvisa un emotivo discurso. Todos lo imitamos, pues todos tenemos algo que decir. Después de las palabras, el francés abraza y besa en cada mejilla a Hoang-thi-Hue. Una exclamación ahogada de sorpresa indica que sucede algo extraño... los niños gritan alborozados y se hacen gestos. Una de las milicianas des-



aparece antes de que le llegue su turno en los abrazos. Evidentemente, el abrazo y el beso son costumbres exóticas en Vietnam, costumbres propias de esos extraños occidentales.

Cuando el último de nosotros termina su ronda de saludos, los espectadores son una multitud.

---

DESPUES DEL INTERCAMBIO de saludos y regalos partimos a inspeccionar las defensas del puente. Como para demostrar que en Vietnam la alegría está hecha sólo de momentos fugaces, las campanas anunciaron la presencia de nuevos aviones.

Nuestras amigas milicianas desaparecieron como por encanto. De sus posiciones de combate sólo emergía el cañón de su fusil, y se adivinaba que toda la ribera estaba erizada de estos pequeños periscopios.

Un miliciano gesticulando enérgicamente me invitó a introducirme en un agujero disimulado. Era una posición de combate, y desde ella me dispuse a disparar con mi máquina fotográfica. Eso me valió una severa advertencia: no se podían fotografiar las posiciones estratégicas.

Al poco rato nos invitaron a abandonar la zona. Decididamente, esto era un asunto para mujeres.

---

ANOCHECIA CUANDO LLEGAMOS a otro pueblecito de esta provincia devastada. Ibamos a ver los efectos del bombardeo en una histórica pagoda budista.

Un enjambre de niños, como en todas partes, nos recibió agitando sus manos y aplaudiendo.

La pagoda y sus imágenes eran un montón de ruinas. Ruinas que se confundían con las de las casas circundantes.

Una anciana increíblemente delgada nos esperaba a la entrada de la pagoda. En vez de brazo izquierdo, agitaba un muñón en el cual se adivinaban huellas de recientes curaciones. Era la cuidadora del templo.

Las bombas la dejaron sin techo y con una herida de la cual supuraba odio.



... en vez de su brazo izquierdo sólo agitaba un muñón ...

EN UN LUGAR DE THANH-HOA existe el museo más original de nuestra época pues es tal vez el único que no está al alcance de los turistas norteamericanos.

Los vietnamitas no lo llaman museo, sino cementerio. Y en los nichos no están enterrados seres humanos, sino aviones.

Es el famoso cementerio de aviones norteamericanos, donde se exhiben los distintos modelos abatidos en el Norte de Vietnam.

Hay piezas clásicas y piezas modernas. Obras únicas y obras repetidas.

El lugar de honor lo ocupa el primer aparato abatido en la RDV. Se trata de un avión espía, derribado en el año 1961.

Los guardias de este museo no están tan bien uniformados como los del Louvre, pero cumplen su misión con un entusiasmo del cual éstos carecen por completo. Además, no son egoístas con los souvenirs, pues nos obsequiaron con trozos auténticos, que harían las delicias de un coleccionista profesional.

Desgraciadamente, este museo-cementerio tiene un enemigo que no lo deja en paz. Un rival que, en vista de la imposibilidad

de contar con estas piezas originales, trata por todos los medios de destruirlas.

Por esta razón, no cuenta con catálogos ni con mapas que denuncien su ubicación.

Y en realidad, aunque yo quisiera, no podría decir exactamente dónde se encuentra.

## XVIII

### LA IMPOSIBLE DERROTA

**S**I hubiera necesidad de sacar conclusiones después de la visita a la Cuarta Zona, habría que hacer esfuerzos para descartar el aspecto emocional. Sin embargo, esos esfuerzos ya están brindando por sí solos una conclusión.

Aun el análisis más frío y circunspecto tiene que partir de una base evidente: existe en la zona bombardeada un fervor casi místico. Un fervor que impide la conciliación y el derrotismo.

El estado de cosas es tal, que la muerte de un familiar o la destrucción de un hogar no acarrearán el miedo o la desesperación sin causa. Al contrario, se transforman en el incentivo que lleva nuevos cuadros a la lucha.

Todos tienen desgracias que lamentar. Pero cuando las cuentan da la impresión de que tras la mueca asomara una sonrisa. Con una sola excepción, no vi lágrimas en Vietnam. O se agotaron o se secaron con el calor de las bombas.

Evidentemente, un pueblo que combate con esta disposición de ánimo no puede ser vencido. Y tal vez ésta sea la única conclusión que pueda expresarse. En el entendido de que el genocidio no es nunca una derrota para el pueblo que lo sufre.

Pero hay una anécdota que ilustra este convencimiento.

A la vuelta de Thanh-hoa no hubo necesidad de vadear los ríos en balsa, pues todos los puentes estaban reparados. Al manifestarle mi extrañeza al miliciano que nos acompañaba en el jeep, éste respondió con malicia:

—Si algo bueno tiene esta guerra, es que nos ha hecho mejorar mucho nuestra técnica.

Es el elemento humano, que no fue considerado en sus previsiones por una de las potencias más poderosas del mundo contemporáneo.

## XIX

### LA ESCALADA ES UNA PENDIENTE

**L**A historia de la guerra de Vietnam, es la historia de una larga serie de fracasos norteamericanos.

Al sabotear los acuerdos de Ginebra, única fórmula que habría llevado la paz al sudeste asiático, desencadenaron reacciones en cadena que no pudieron controlar.

La entronización del dictador Diem condujo a una sublevación popular. La sublevación quiso ser detenida mediante un golpe de Estado que significó la muerte del tirano, pero los generales en el poder no lo hicieron mejor.

La "guerra especial", disfrazada como guerra civil por los estrategos, se transformó bien pronto en una guerra local.

La pacificación del Sur en dieciocho meses, hace años que se transformó en un plan para el recuerdo.

La agresión al Norte para discutir "pacíficamente" la permanencia indefinida en el Sur, está chocando contra la voluntad férrea de un pueblo decidido a morir en el combate.

En el plano internacional, los Estados Unidos sólo cuentan con el apoyo de dos gobiernos occidentales de importancia: el de los alemanes federales y el de los laboristas ingleses.

Sugerentemente, Alemania Federal es el refugio indiscutido de los viejos nazis. El gobierno inglés, por su parte, trata de defender sus intereses en Malasia, pero ya no puede controlar la división interna ni la protesta vigorosa de los comités locales pro Vietnam.

El resto de la opinión pública mundial está dividido en dos bandos: los que condenan expresamente la actitud de los Estados Unidos, y los que la condenan tácitamente.

En estas circunstancias, la serenidad ha desaparecido en Washington, y el gobierno arremete contra la capa roja como un toro enfurecido.

Su actitud confirma la oscura previsión formulada por James Cameron el 4 de marzo de 1964, en el "Daily Herald", comentando el plan de escalamiento:

"Lo malo de este plan es que no tiene fin. Si Hanoi debe ser bombardeado... Shangai debe ser bombardeado para impedir la ayuda china al Norte de Vietnam".

## XX

### EL LEÑADOR SE DESPEREZA

**E**S importante hacer notar que la peligrosa escalada desatada por los modernos aprendices de brujos, está espantando a sus propios conciudadanos.

El conflicto de Vietnam amenaza más y más convertirse en un problema interno norteamericano, tal como sucedió en la Francia Colonizadora.

Si bien es cierto que las guerras especiales o locales son un gran incentivo económico, que reducen el desempleo y fomentan la plena producción bélica, también es cierto que eso tiene una contrapartida derivada de la pérdida de vidas y del peligro atómico.

La pérdida de aviones puede ser absorbida alegremente por los grandes consorcios, pero la pérdida de los pilotos es la mecha de una bomba de tiempo.

Ya hay muchas familias en Norteamérica para las cuales Vietnam ha dejado de ser un territorio exótico, donde operan "asesores" de su patria. Para muchas de ellas Vietnam es un absurdo cementerio donde yacen los restos de sus padres, hijos o esposos.

La gigantesca operación mentira, conducida a través de todos los medios de difusión, se está revelando incapaz de controlar la tormenta que se avicina.

No sería extraño que la próxima lucha política en los Estados Unidos se planteara en torno al problema del retiro o de la permanencia en Vietnam, pues sobre el gobierno norteamericano pende la sentencia de Lincoln:

"Se puede engañar a un hombre durante toda una vida. Se puede engañar a algunos hombres durante algún tiempo. Pero nunca se podrá engañar a todos los hombres durante toda la vida".

## XXI

### EL HEROISMO IMPONE COMPROMISOS

**I**NDUDABLEMENTE, la guerra de Vietnam coloca al mundo frente a un problema de conciencia.

Sólo la falta de perspectiva histórica permite desentenderse de lo que está ocurrien-

do en ese pequeño país del sudeste asiático.

Valéry dijo, con gran ironía, que "la política es el arte de impedir que la gente se mezcle en lo que le concierne". Y justamente es esto lo que pretende la publicidad interesada, en vista de que no puede ganar adeptos para su causa.

Durante la larga noche del nazismo, muchos alemanes comían, dormían y hacían el amor, mientras en Auchwitz, en Buchenwald y en Dachau las fábricas de cadáveres funcionaban a plena producción. Cuando más, se quejaban del mal olor.

Quienes hoy se extrañan de esta actitud deben efectuar una severa introspección. Porque hoy día están sucediendo horrores semejantes. Quienes crean que esto es una exageración o una afirmación apasionada, pueden leer algunos periódicos antiguos. Por ejemplo, el "New York Times" del 10 de mayo de 1940, que se refería a un bombardeo nazi sobre Noruega:

"... se lanzaron sobre el valle, sobrevolaron la región y volvieron otra vez. Sabían lo que estaban haciendo. Sabían que estaban destruyendo viviendas privadas en una aldea indefensa y matando a los pobladores que no lograban hallar refugio con suficiente rapidez. La historia de este tipo de guerra aérea se repite una y otra vez. No se trata de una atrocidad accidental. Es un método de ataque premeditado, estudiado. He aquí a los gangsters del aire. Puede que conquisten una ventaja militar temporaria. Pero la consiguen por el horror y el desprecio de todo el mundo, que los aplastará algún día, tarde o temprano".

La sangre que está perdiendo Vietnam compromete a todos los hombres libres del mundo. Porque allá se juega en estos momentos el derecho de los países pequeños a la autodeterminación. El derecho a dirigir su destino sin tutores ni padrinos.

Los vietnamitas saben que cuentan con el apoyo de los hombres libres. Pero es necesario que este apoyo se manifieste con vigor y que su eco rebote en la Casa Blanca.

Con respecto a Vietnam no existe el derecho al silencio.

Y esto nos toca especialmente a nosotros. Los del patio trasero.

**Catres**

**Colchones**

**Muebles cromados**

**FAMUCRO**

**San Diego 388**

**Juguetes  
de todo tipo**



## El final de la aventura

**S**ALIMOS cerca de las 7, en medio de la claridad y el calor de un día de Florida. El famoso Bender nos recibió y nos llevó con aires de conspirador, hacia un automóvil estacionado muy cerca. Viajamos en él por unos momentos. Luego nos detuvimos frente a una fuente de soda donde nos esperaba un segundo automóvil. Comencé a tener la impresión de ser un personaje de Hitchcock. Después tomamos la carretera y atravesamos kilómetros de un paisaje desértico. Finalmente llegamos a la abandonada base aérea de Opa Locka.

Una indescriptible barraca desmontable estaba situada en el medio del campo. Jóvenes "marines", con sus revólveres bien visibles en el cinto, patrullaban a su alrededor. Entramos. Eran ya las ocho y cuarto. Como ruido de fondo se escuchaba la música de una radio.

Algunos instantes más tarde estábamos sentados alrededor de una basta mesa de madera. Los miembros del Consejo vestían tenidas de

combate caqui: Miró Cardona, Tony Varona, Antonio Maceo, Manuel Ray, Justo Carrillo y Carlos Hevia. El primero tenía un hijo combatiendo; el segundo un hijo, dos hermanos y tres sobrinos, y el tercero un hijo. Bender y dos tipos de la CIA completaban el grupo.

Miró Cardona tenía el aspecto de haber envejecido diez años desde que Berle y yo habíamos almorzado con él en el Century, una semana atrás. Nos habló con profundo fervor. Esta lucha, dijo, era una cuestión de vida o muerte, y aún no era muy tarde para tratar de arreglar las cosas. De todas maneras, la única justificación que el Consejo Revolucionario podía ahora ofrecer al pueblo de Cuba era que se le permitiera morir con los hombres que se batían en las playas.

"Esto es, concluyó gravemente, esto es lo que reclamo, la gracia que os suplico me acordéis".

Después habló Varona. Mientras Cardona había sido melancólico, Varona fue potente, imaginativo y trucu-

★ *ESTE ES EL TERCER y último capítulo referente a la invasión de Cuba por Bahía Cochinos que escribió Arthur Schlessinger, consejero personal del Presidente Kennedy, en sus memorias del tiempo pasado al lado del desaparecido mandatario norteamericano y que tituló "Mil días con Kennedy".*

*"Punto Final" ha publicado en sus ediciones 6 y 7 los capítulos anteriores que constituyen un documento sorprendente sobre los hechos y acontecimientos que precedieron a la operación "gusana" contra Fidel Castro. En este último capítulo, Schlessinger cuenta con la autoridad de un testigo presencial el derrumbamiento del complot contra Cuba y la responsabilidad que de esta acción tomó el propio Presidente Kennedy.*

lento. Durante cinco minutos resultó bastante difícil saber que quería decir. Después comenzó a emerger de esta ola de oratoria una vehemente acusación contra la CIA. Dijo que la CIA lo había engañado, que a su regreso a Miami había impulsado a los hijos de sus amigos a enrolarse. Ahora resultaba demasiado claro que había condenado a esos jóvenes, la flor de una generación, a una muerte ominosa.

¿Qué se podía hacer? La evacuación era imposible. Lo único recomendable, afirmó Varona, era comprometer a los aviones norteamericanos en la batalla y si no bastaba, enviar a los "marines".

Justo Carrillo habló enseguida. Explicó sobriamente que la confianza en los Estados Unidos dependía de su capacidad para poner sus actos de acuerdo con sus declaraciones democráticas. Si Castro podía desafiar impunemente a los Estados Unidos, toda la América Latina entraría poco a poco en su órbita.

Le correspondió luego el

turno a Manuel Ray, un hombre de voz dulce, que hablaba de manera directa, sin flores de retórica y con una autoridad impresionante. Su grupo, dijo, había sostenido que la estrategia conveniente era una insurrección interior y no una invasión. El había tratado en vano de interesar a la CIA en este punto de vista.

“Nada se ha hecho —dijo— para la intervención de nuestros resistentes. Hace dos semanas, agentes a los que no conocemos han tratado de establecer contacto con nuestro grupo en el interior de Cuba. Esto ha provocado una confusión en el conjunto del movimiento de resistencia. Hace más de tres semanas presentamos un plan de sabotaje listo para todo el conjunto de la isla, que habría privado a cuatro provincias de corriente eléctrica, habría hecho volar cuatro grandes tiendas, una fábrica de cemento, una fábrica de papel y una refinería de petróleo. Este plan fue acompañado de una petición de explosivos y de material. Desde hace un mes está listo un túnel bajo la central eléctrica de La Habana. Pero jamás se nos entregó ese material”.

Y Ray prosiguió:

“Se nos ha mantenido has-

ta ahora en una ignorancia total de las operaciones. Se nos ha prohibido comunicarnos con nadie... Se han tomado decisiones en nuestro nombre sin nuestro control, sin nuestro acuerdo y, aun, sin informarnos. No hemos tenido siquiera la posibilidad de hablar con los hombres que se encuentran ahora en la cabeza de playa, con nuestros compatriotas de la resistencia o con nuestros amigos de América Latina. Nuestra conclusión es que debemos abandonar esta especie de comando e ir a Cuba a batirnos como simples soldados. Que los que están realmente al frente de todo se decidan a asumir sus responsabilidades...”

Después le correspondió a Carlos Hevia, diplomado de la Escuela Naval de Annapolis, anteriormente presidente provisional de Cuba, y que había tenido la responsabilidad del control de precios en la isla durante la segunda guerra mundial. “Si logramos el apoyo de ataques aéreos masivos, podemos cambiar todavía la derrota en victoria”, dijo.

Varona leyó una lista de peticiones: transporte inmediato a la cabeza de puente, ataques aéreos inmediatos, refuerzos inmediatos.

## Sáquennos del lío

“Que el que nos ha metido en este lío nos saque de él”.

Denunció la vigilancia a que estaban sometidos:

“No sabemos si en realidad somos vuestros aliados o vuestros prisioneros”.

Amenazó con salir al medio día, a pesar de la guardia armada, e ir a Miami para dar una conferencia de prensa: “Que me maten si se atreven”.

Ya eran más de las 10 y Berle y yo nos retiramos para deliberar. Estábamos conmovidos por la fuerza y la amargura de sus protestas. Nuestra primera idea fue la de enviarlos a todos a Nicaragua. Pero volvimos al hangar para llamar a Washington y se nos dijo que la operación ya estaba prácticamente terminada. Desde las playas lo único que se recibía ahora eran sólo llamadas de auxilio. Planteamos preguntas sobre una eventual evacuación y se nos dijo que aun para eso ya era demasiado tarde.

Nos faltó el valor mientras

**PARA RECORDAR al pueblo que murió en Playa Girón, Cuba levantó este monumento.**



dábamos un corto paseo bajo un sol encogedor. ¿Cómo informar a los cubanos que ya no había más esperanzas, que sus hijos habían sido abandonados a la cautividad o a la muerte, disuadiéndolos al mismo tiempo de denunciar públicamente a la CIA y al gobierno de los Estados Unidos?

¿No podríamos hacer algo para que el Presidente interviniera?, pregunté yo.

"Debemos llevarlos a Washington", respondió Berle.

La secretaria de Kennedy me comunicó inmediatamente con el Presidente. Dean Rusk, que fue quien respondió allí, estuvo de acuerdo en que el Consejo fuera llevado a Washington, pero no pareció muy convencido de que el Presidente debía recibirlo. Tuve la impresión de que pensaba que era suficiente con que lo recibiera él mismo, o tal vez deseaba ahorrarse esa entrevista al Presidente.

De vuelta a la barraca, les anunciamos a los miembros del Consejo que los llevaríamos a Washington. Cuando nos pidieron noticias de la invasión tuvimos que decirles que ellas no eran buenas. Se mudaron ropa en silencio, colocándose trajes de civil. Antes de nuestra partida a Washington, llamé al Presidente para explicarle por qué nosotros esperábamos que los viera él mismo. Respondió inmediatamente diciendo que quería que los lleváramos a la Casa Blanca directamente, a nuestra llegada.

El viaje fue fúnebre. Se conversaba en voz baja o se paseaba impacientemente a lo largo de la cabina del avión. Algunos dormían. Tuve una larga conversación con Manuel Ray, que parecía más razonable que los otros. Después, yo también me quedé dormido. El coronel Godfrey McHugh, edecán aéreo de la Presidencia, nos esperaba en el aeropuerto para llevarnos inmediatamente a la Casa Blanca. Entramos por el ala este para evitar a los periodistas. Los cubanos se quedaron esperando en la Sala de Consejo mientras Berle y yo

entrábamos a la oficina del Presidente.

Kennedy, fatigado y con trazas de profundo cansancio, estaba como era su costumbre, muy dueño de sí. Le explicamos la situación en Opa Locka: el Consejo prácticamente bajo severa vigilancia, la intensidad de su resentimiento, y la probabilidad de una denuncia pública. Expresó su indignación cuando supo la detención del Consejo: la CIA no le había dicho nada.

## Un informe muy sombrío

Momentos más tarde los cubanos entraron. Se sentaron en dos sofás frente a frente a la chimenea, mientras que el Presidente lo hacía en su acostumbrado sillón de balancín. El capitán de fragata Tazewell Shepard, edecán naval, dio un informe preciso y sombrío de la situación en la cabeza de puente.

Después Kennedy habló lentamente y sopesando cada una de sus palabras se declaró profundamente afligido por los acontecimientos de las últimas cuarenta y ocho horas. Explicó porque se había decidido contra la intervención norteamericana y porque había creído que la operación podría tener éxito por sí sola. Se interrumpió allí para leer el mensaje del coronel de infantería de Marina en que se describía el entrenamiento y el estado de la Brigada. El combate contra el comunismo, dijo, se estaba desarrollando en numerosos frentes: el estar a la cabeza de ese combate imponía numerosas responsabilidades. Los Estados Unidos debían tener en cuenta el equilibrio de los asuntos en el conjunto del mundo. Pero, por muy trágico que fuera este episodio, nadie podía dudar de nuestro apoyo a la libertad futura de Cuba.

Agregó que él mismo se había batido en la última guerra, que había visto morir a muchos hombres valientes y

que incluso había perdido un hermano. Por eso compartía sus dolores y su desesperación.

Miró Cardona y los otros miembros del Consejo dijeron algunas palabras. Después de haber escuchado a Kennedy, estaban mucho más tranquilos que en la mañana. La discusión continuó hasta las 6, hora en que el Presidente tenía una conferencia con los líderes del Congreso. Cuando los cubanos se preparaban a marcharse les dijo:

"Quiero que comprendáis todos que, desde el momento que dejéis la Casa Blanca, sois hombres libres de ir donde queráis, libres de decir lo que se os antoje, libres de hablar lo que deseéis".

Jamás el Presidente me había parecido más impresionante. A pesar de sí mismos, sus visitantes estaban profundamente conmovidos. Después me pidió conducirlos a los aposentos privados y esperarlos. Allí, en el segundo piso, se nos sirvió té y sandwiches. Al cabo de un rato, Kennedy vino a reunírnoslos. La conversación se volcó entonces sobre el salvataje de los sobrevivientes. Destroyers norteamericanos con apoyo aéreo y que habían recibido la orden de responder el fuego si se les atacaba, patrullaban ya las aguas a lo largo de la costa; Kennedy estaba dispuesto a correr más riesgos para salvar a los hombres de las playas de desembarco que los que había aceptado para llevarlos allí.

Tarde en la noche, un último comunicado fue publicado a nombre del Consejo: "Los recientes desembarcos en Cuba han sido constantemente, aunque con inexactitud, descritos como una invasión. En el hecho se trata de un desembarco de material y de tropas de apoyo para nuestros patriotas que se baten en Cuba desde hace meses... La mayor parte de nuestro contingente ha alcanzado ya las montañas del Escambray".

La rutina de la vida en Washington es implacable. El Primer Ministro de Grecia visitaba la capital esa semana y los Kennedy debían asistir

a una cena en la Embajada de Grecia. Una vez más, el Presidente disimuló su angustia bajo una máscara de cortesía y de habilidad.

Muchos pesares deben haber invadido su espíritu en esas horas amargas: las opiniones dadas con tanta autoridad y aceptadas con tanto respeto, las hipótesis mal verificadas y los planes mal concebidos, el golpe que había azotado las brillantes esperanzas de la nueva administración, los problemas en el interior y en el extranjero; pero, más que nada, creo yo, la visión que le amargaba era la de esos hombres en las playas, que habían partido con tan magníficas esperanzas, que se habían batido tan bravamente y que ahora serían abatidos como perros o conducidos a las prisiones de Castro. Esta visión lo apesadumbró esa semana y durante las semanas y meses siguientes.

La única vez que Jackie lo había visto llorar antes fue en el hospital cuando perdió la esperanza de no mejorarse más de su espalda. Entonces, las lágrimas le llenaron sus ojos y corrieron silenciosamente por sus mejillas.

En su pieza, ahora, escondió su rostro entre sus manos y sacudido por los sollozos, tomó a su mujer en sus brazos.

El jueves 20 de abril la administración Kennedy enteró 80 días. Las alegres esperanzas de los cien días habían terminado irrevocablemente y había pasado ya el momento de la euforia. A través del país como a través del mundo, la debacle provocaba consternación y desilusión.

Entre nosotros, el choque de la derrota ahogó un poco las críticas. Algunos, en la derecha, mucho menos numerosos de lo que se pudiera pensar, hablaban de enviar a los "marines". Pero otros, en la izquierda, mucho más numerosos de lo que se pudiera pensar, veían la plena justificación de sus dudas pre-electorales sobre Kennedy. Un telegrama de Cambridge me explicó el asunto con una brevedad sarcástica: "Nixon o Kennedy: ¿cuál es la diferencia?".

Venia firmado: "Los estudiantes diplomados". Un buen número de estos liberales apasionados, se convencieron que el culto de la obstinación, la determinación de vencer a cualquier precio, o cualquiera otra particularidad que, a sus ojos, caracterizaba a Kennedy, lo llevaría ahora a ajustar cuentas con Castro, aunque se preguntaban por qué razón iba a hacer el jueves lo que había rechazado el martes.

## Nos han deshonrado

Reuniones de protesta se organizaron espontáneamente en una docena de universidades. C. Wright Mills envió un telegrama a un mitin de "Justicia para Cuba", en San Francisco el 22 de abril: "Kennedy y su camarilla nos están llevando a la barbarie. Schlessinger y compañía nos han deshonrado intelectual y moralmente. Experimento una honda vergüenza por mi país. Lamento no estar con vosotros. Si fuera físicamente capaz, estaría en estos momentos preparándome para luchar al lado de Fidel Castro". Piquetes de manifestantes se relevaban sin cesar frente a la Casa Blanca.

Ciertamente que la mayoría de los norteamericanos se agruparon al lado de su presidente en este instante de crisis nacional. Sin embargo, aun entre ellos, muchos dudaban seriamente, por la primera vez, de la nueva Administración. La nación estaba en un estado de choque, y nadie comprendía con más claridad que Kennedy, la necesidad de restablecer una perspectiva más justa. Vi a Walt Rostow ese día en su oficina.

El primer problema del Presidente ese jueves, era el de limitar las consecuencias de la debacle. Actuaba en esos momentos con notable habilidad, mostrando, como lo había hecho hacía veinte años antes en las islas Salomón, la voluntad de aceptar el desastre, de evitar las recriminaciones, y abocarse a la tarea

para salvar la situación. La generación de la guerra que había sobrevivido a la catástrofe sabía que en ello no se encontraría solo. Cuando Rostow entró en su oficina, avanzada la noche, durante esta semana de crisis, en un sentimiento mezcla de exaltación y agotamiento Jacqueline le dijo:

"¿Sabéis lo que sois todos vosotros? Sois los oficiales subalternos de la Segunda Guerra Mundial que ahora han llegado al poder".

Kennedy tomó las medidas requeridas para poner fin a las especulaciones sobre las responsabilidades en este asunto que aumentaban a cada momento. Cuando, en el curso de una discusión el Vicepresidente Lyndon Johnson, se arriesgó a criticar a la CIA en su conjunto, Kennedy se volvió hacia él y dijo:

"Lyndon usted no debe olvidar que estamos todos comprometidos en esto y cuando yo he aceptado la responsabilidad de esta operación la he tomado enteramente por mi cuenta; creo que en ningún caso debemos culpar de los errores a los chivos emisarios o exhibir cualquiera justificación que tengamos a mano".

Desde el viernes, sin embargo, los diarios de la mañana abundaban en pretendidas "revelaciones" sobre la decisión cubana. Una tendencia a sacar algo de provecho del juego, impulsaba, evidentemente, a algunos de los participantes de las famosas reuniones en la Sala del Consejo, a dar versiones del episodio que culpaban del fracaso a todo el mundo, excepto a ellos. Como Kennedy había convocado a una conferencia de prensa para las 10 ordenó a Rusk, Salinger, Bundy, Sorensen, Godwin y yo, que viniéramos a desayunar a la Casa Blanca.

El Presidente hizo notar con un tono agrí dulce que el rol de los jefes de estado mayor estaba bastante omitido en todas las versiones de la historia. Esta omisión indicaba claramente su origen: el Pentágono.

El mejor medio para cortar



de raíz las especulaciones, declaró, era el de decir la verdad: todos los altos funcionarios habían apoyado la operación, pero sólo a él era a quien correspondía la responsabilidad final. Después agregó con cierta acidez inhabitual:

“No hay más que una sola persona que está fuera de toda responsabilidad, y ella es Bill Fullbright. Y seguramente él también habría sido convenido si hubiera asistido a más reuniones. Si hubiera sufrido el mismo tratamiento que nosotros: descontento en Cuba, moral de los cubanos libres, estación de las lluvias, Migs y destroyers rusos, cabeza de puente inexpugnable, salida fácil de socorros hacia el Escambray, problema de la utilización de la Brigada, tal vez se habría dejado arrastrar también.

Enumeré estos puntos con gestos secos de su mano. Bundy le recordó que yo también me había opuesto a la expedición:

“Claro, es cierto, dijo, Arthur me envié un memorándum que causará muy buen efecto cuando él escriba un libro sobre mi administración”.

## Un error en equipo

Después con un rasgo característico de su humor sarcástico: “Solamente que sería preferible que no publicara sus memorias mientras yo esté vivo todavía. Y tengo un título para su libro: Kennedy y los años únicos”.

Nos retiramos para dedicarnos en esa mañana a fijar algunos puntos mientras que el Presidente asistía a su conferencia de prensa en el anfiteatro del Departamento de Estado. Aproveché la ocasión para desmentir las revelaciones de la prensa: “Existe un viejo proverbio que dice que si la victoria tiene cien padres, la derrota es huérfana” (Le pregunté más tarde dónde había hecho ese hallazgo. Pareció sorprendido y me respondió vagamente: “Oh, no sé, es simplemente un viejo proverbio”).

Dijo enseguida a los periodistas: “Soy yo el responsable del gobierno, y nadie más”.

Esto mismo lo repitió con mucha mayor insistencia todavía en su comunicado de la Casa Blanca, el lunes siguiente: “El Presidente Kennedy ha declarado desde el comienzo que como presidente, es sobre él que descansa la responsabilidad... Lo ha declarado en cada ocasión y lo declara nuevamente ahora... El Presidente se opone formalmente a toda persona, perteneciente o no a la Administración, que trate de descargar esta responsabilidad sobre otros.

Tenia previsto partir ese viernes para asistir a una conferencia en Italia. Cuando le pregunté al Presidente si podía ir me respondió: “Sí, haría muy bien en ir. Aquí no hacemos más que darle vueltas a la cosa. Tal vez usted pueda explicarles allá, lo que hemos hecho. Hágalo lo mejor posible”.

Al final del mediodía me di una vuelta por la Casa Blanca para despedirme. Cuando asomé la cabeza por la puerta de comunicación entre la oficina de la secretaria Evelyn Lincoln y la del Presidente, vi a Lyndon Johnson sentado al lado de él en su mesa de trabajo; cuando comenzaba a retirarme, Kennedy me hizo una señal para que entrara. Estaban hablando todavía de la CIA.

El Presidente decía que él no podía comprender cómo hombres tales como Dulles y Bissell, tan inteligentes y experimentados, se pudieran haber equivocado hasta tal punto, pero agregó que nada podía hacerse en lo inmediato en relación con la CIA. Mientras se mantuviera allí a Dulles, dijo, los Republicanos no tendrían ningún interés en atacar a la Administración en relación con el fracaso cubano. El vicepresidente lo apoyó con energía.

Kennedy tenía un aspecto muy fatigado, pero estaba de un humor filosófico. Se daba cuenta que ahora conocía algunos puntos débiles de su administración, en particular la CIA y el estado mayor. Ya no se dejaría imponer más por los militares de carrera.

“No podemos culparlos a todos y he visto el desastre lo bastante cerca para darme cuenta que lo que hace temblar al mundo en un momento dado, es olvidado al momento siguiente. Hemos recibido un buen puntapié en las canillas y lo merecíamos. Pero tal vez ello nos ha enseñado algo”.

Horas más tarde sobrevolaba el Atlántico rumbo a Roma.

A mi regreso, el 3 de mayo, Kennedy hizo un comentario sobre la divergencia de las reacciones europeas y norteamericanas. Si hubiera sido Primer Ministro británico lo habrían obligado a renunciar. Pero en Estados Unidos, el fracaso había aumentado su popularidad. “Si hubiera ido más lejos todavía, se me quejaba mucho más”. En ese momento su secretaria le trajo los resultados de una nueva encuesta Gallup en que se registraba una cifra jamás alcanzada —el 82%— de personas que apoyaban la Administración. Kennedy los dejó a un lado y comentó:

“Me está pasando lo mismo que a Eisenhower. Mientras más tonterías hago, más aumenta mi popularidad”.

El Presidente guardó para él sus pensamientos más secretos y al final no culpó de todo más que a una sola persona: él mismo. Pero era un ser humano, y por ello no estaba vacunado contra el resentimiento. A veces él decía:

“Por Dios, ¡qué consejeros hemos heredado! ¡qué lote! ¿Usted se imagina lo que significa ser Presidente y tener detrás de sí sólo a un tipo parecido a todos estos individuos...?”

Tengo la impresión que entre sus consejeros, sus jefes de estado mayor fueron los que más lo habían decepcionado, por su manera desenvuelta de examinar los planes militares.

Poco después de Bahía Cochinos, un conocido de Palm Beach, que era también un viejo amigo de Dulles, llegó a Washington y declaró con fariseísmo a Kennedy que se había negado a ver a Dulles. Kennedy, molesto, invitó a Dulles a venir a tomarse un trago después del mediodía

con este amigo de Palm Beach. Cuando llegó Dulles, todavía molesto y con el rostro descompuesto, el Presidente lo abrazó familiarmente y le pasó un brazo alrededor de las espaldas.

Sus estallidos de colera, tal como los entendió su personal, estaban dirigidos a aquellos que quienes pensaba que querían eludir sus responsabilidades.

Pero no era de la naturaleza de Kennedy gastar su energía en lamentarse. Prosiguió su tarea de restablecimiento político. A comienzos del mes de mayo, una encuesta Gallup mostró que el 65% de las personas interrogadas aprobaban su oposición a la intervención militar; y sólo un 24% dijo que era necesario enviar a los "marines" a Cuba. No dio más que un solo paso en falso. Fue cuando declaró a la prensa el 27 de abril, en un discurso a la Asociación de Directores de diarios norteamericanos, que los diarios debían estar listos a censurarse a sí mismo en interés de la seguridad nacional. Era ir demasiado lejos y se abstuvo, en adelante, de volver a insistir sobre ese punto. Se puso tranquilamente a traba-

jar para asegurarse que nada parecido pudiera volver a sucederle.

## Fracaso de expertos

La primera lección aprendida fue la de no someterse a la opinión de los expertos. Sabía ahora que le era necesario extender el círculo de sus consejeros y apoyarse más y más en los no-especialistas que tuvieran su confianza total, y remodelar cada gran decisión según su punto de vista personal.

Se desprendió de los miembros de la Administración que había heredado de Eisenhower, para volver a los que había hecho ingresar él mismo, a los que habían trabajado con él largo tiempo, a los que conocía mejor y les tenía más confianza. Ni Robert Kennedy ni Ted Sorensen habían tomado parte en las reuniones de la Sala de Consejo; fue sobre ellos que se apoyó en adelante en todas las crisis que tuvo que afrontar hasta el fin de su presidencia. Escogió a Maxwell Taylor como consejero personal para los asuntos militares,

esperando la ocasión para designarlo presidente del comité de jefes de estado mayor.

En el futuro hizo de modo de poder disponer de la opinión libre y confidencial de su propio personal. Por nuestra parte resolvimos mostrarnos mucho menos sumisos la próxima vez. Bahía Cochinos nos dio el derecho de plantear cuestiones indiscretas y hacer comentarios brutales.

Además McGeorge Bundy fue transferido del edificio del Ejecutivo al ala oeste de la Casa Blanca e investido de una nueva autoridad, como coordinador de asuntos de seguridad en el seno de la Casa Blanca. Impuso reuniones todas las mañanas al personal de su Consejo nacional de seguridad, a las cuales invitó también a otros miembros del equipo de la Casa Blanca dedicado a los Asuntos Exteriores. Esta excelente innovación procuró a la Casa Blanca un centro de información y de control, inmediatamente después de la cima presidencial, e hizo más efectivos los servicios que Bundy le prestó a Kennedy. Además todo esto ayudó al Presidente a juntar en su sola mano los dédalos misteriosos del gobierno.





*Ediciones*

**PUNTO final !...**

Solicite los ejemplares atrasados de **Punto Final** contrarreembolso o mediante envío de cheque cruzado a: Huérfanos  
1011 - Oficina 321 - Santiago.  
**Ediciones Punto Final Ltda.**

**Quítese esa tos!**



*con*

**PECTORAL  
SOTO ROJAS**

*de eficacia probada*

y ahora...  
**LA NUEVA!**



COCINA A GAS LICUADO  
**gas-mac**  
Económica · segura · portátil



Publicidad Luchio A. G.

La nueva cocina a gas licuado GAS-MAC le brinda un mundo de comodidades a Ud. y a toda su familia.

En el Hogar, la Oficina, Restaurantes, Fuente de Soda, en sus paseos, la cocina GAS-MAC se convierte en elemento indispensable por sus extraordinarias cualidades de economía, limpieza y fácil manejo.

La cocina GAS-MAC es muy económica de costo y mantención, es limpia, no produce olores, y no mancha. El Cambio de cilindro es sencillo y seguro.

**PIDA HOY MISMO UNA DEMOSTRACION DONDE SU DISTRIBUIDOR**



CON EL CILINDRO  
DE GAS LICUADO



- Fácil de transportar, por su tamaño y peso.
- Fácil de abastecer, porque a pasos de su casa hay un punto expendedor de gas.
- Fácil de cambiar, por su sencilla conexión.



**FABRICANTES: MAC LTDA. REPRESENTANTES PARA CHILE: ELECTROGAS S.A.**



Ediciones  
**PUNTO final !...**